BIBLIOTECA DRAMATICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON EXITO

EN LOS TEATROS DE MADRID.

Esta comedia ha sido presentada á la *Junta de censura de los teatros del Reino*, la que se ha dignado concederle su aprobacion para su representacion, tanto en Madrid, como en los demas teatros de la Península y Ultramar.

MADRID.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,
calle del Duque de Alba, n. 13.

1852.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
3172

SIN HONRA Y HONRADA.

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/sinhonrayhonrada00unse

SIN HONRA Y HONRADA.

DRAMA EN CINCO ACTOS,

PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO EN DOS CUADROS.

MADRID: 1860.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
Calle de S. Vicente alta, núm. 52.

PERSONAS EN EL PRÓLOGO.

BERNARD, sargento.
MARCIAL, tambor mayor.
BELAVOINE, cabo de escuadra.
UN VIAJERO.
FRITZ, carretero.
LUISA, vivandera.
MADAMA MULLER, posadera.

PERSONAS EN EL DRAMA.

EL GENERAL BERNARD.
VÍCTOR, su hijo.
EDGARDO DE BUSSIERES, médico.
GASTON DE MONTCLAR.
MARCIAL, ex-tambor mayor de la Guardia Imperial.
EL BARON DE TOURVILLE.
BELAVOINE, sargento inválido.
UN CAZADOR.
ELENA DE BEAUFERRAND, esposa del General.
LUISA.

Soldados, criados, convidados de ambos sexos, etc.

Época del prólogo: año de 1797.
Idem del drama: año de 1818.
El primer cuadro del prólogo pasa en las orillas alemanas del Rhin, cerca de Wimpfem; el segundo en Sielsberg, aldea prusiana, y los cinco actos del drama, en París.

La propiedad de este drama pertenece á su editor, y nadie podrá reimprimirle ni representarle sin su consentimiento.

Los corresponsales y agentes de la Direccion Escénica son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

PRÓLOGO.

CUADRO PRIMERO.

Á ORILLAS DEL RHIN.

Selva en las cercanías de la aldea de Wimpfem.—Campamento improvisado durante un alto militar.—Hoguera de bivac, armas en pabellones.

ESCENA PRIMERA.

MARCIAL.—BELAVOINE.—Soldados.—Despues BERNARD.

(Marcial y Belavoine disputan con calor, y los soldados los rodean.)

BELAVOINE.

Es decir, magnífico Marcial, que necesitas tambien esa bella?...

MARCIAL.

Positivamente, y me la adjudico.

BELAVOINE.

Olvidas que los usurpadores no hacen buen papel en el ejército de Sambre-et-Meuse?

MARCIAL.

Pero los conquistadores son vistos en él con entusiasmo.

722219

BELAVOINE.

En fin, es una cuestion, que se puede ventilar á sablazos.

MARCIAL.

Me conviene, cabo amigo: iba á proponerte eso mismo.

BELAVOINE. (Desenvainando el sable.)

Pues á ello, querido tambor mayor. Ay de tu majestuosa persona!

MARCIAL. (Desenvainando tambien y haciendo apartar á los soldados.)

Plaza, compañeros, y preparaos para llevar al hospital de sangre al lindo cabo Belavoine.

(Marcial y Belavoine se ponen en guardia; al propio tiempo sale Bernard con el saco á la espalda y el fusil al hombro.)

BERNARD. (Colocándose entre los combatientes y descansando el fusil.)

Qué juego es este con que me encuentro en la orilla alemana del Rhin?... Se trabaja aquí para el emperador de Austria, confeccionando inválidos?

MARCIAL.

Atrás! Los espectadores no tienen ahora la palabra.

BERNARD.

Pero yo no hago aquí el papel de espectador. Acabo de llegar, y necesito sentarme y descansar, despues de la marcha que he hecho. (Se sienta, y se enjuga el sudor del rostro.) Vaya un calor!... Se conoce que el combustible le cuesta barato al de allá arriba, cuando de tal manera caldea los caminos.

MARCIAL. (Despues de mirar á Bernard.)

Calla! no eres de los nuestros... no te conozco.

BERNARD.

Tengo el honor de presentaros al sargento Antonio Bernard, de quien es muy probable que no hayais oido hablar en vuestra vida; pero creo que se hablará de él en lo sucesivo.

MARCIAL.

Y de dónde sales?

BERNARD.

Vengo de tomar á Zurich con mis camaradas, y para descanso se nos envía aquí, á fin de que os ayudemos á apoderaros de algunas banderas mas, que adornen el tocador de la República.

BELAVOINE.

Con efecto: sé que el general esperaba refuerzo.

BERNARD.

Y le remesan la trigésima segunda media brigada, de la que veis en mí una muestra. (Movimiento de sorpresa en los soldados.) Me he separado un momento de mi compañía, para atender á cierto negocio de familia... Pero no os sirva yo de molestia: continuad vuestro entretenimiento.

MARCIAL. (Provocando á Belavoine.)

Siga la danza.

BERNARD.

Y por qué es ello?

MARCIAL.

Sargento, cuestion de una mujer...

BERNARD.

A quien los dos amais?

MARCIAL.

No precisamente; pues no la conocemos aun ni el uno ni el otro...

BERNARD.

Ya! os habeis enamorado de ella por oidas...

BELAVOINE.

Debo empezar por decirte, sargento, que al venir á nuestro cuerpo el bello Marcial, aquí presente, ha dado principio á sus hazañas por soplarme á nuestra antigua cantinera...

MARCIAL.

Me pertenecia de derecho, como tambor mayor, que soy; pero nada importa ya esa, pues ha pasado al tren. Séale la artillería ligera!

BELAVOINE.

Mas es el caso que estamos esperando á otra...

MARCIAL.

Y naturalmente mi llama amorosa vuela hácia la esperada, como continuacion del derecho que antes dije. La vocinglera fama nos ha hecho saber que la cantinera de la trigésima segunda es una Vénus en cuanto á hermosura, y me proclamo su dios Marte. Comprendes la alegoría, sargento?

BERNARD.

Perfectamente. Con que es por Luisa por quién os batís?

BELAVOINE.

Sí: para saber quién se la ha de llevar.

MARCIAL.

Vencedor de Zurich, vas á tener el honor de presenciar mi victoria.

BERNARD.

Un momento. Voy á daros un consejo.

BELAVOINE.

Cuál?

BERNARD.

El de que volvais los aceros á las vainas.

MARCIAL.

Bah!

BERNARD.

Me es fácil poner paz entre vosotros.

BELAVOINE.

De qué manera?

BERNARD.

Diciéndoos que la que os disputais no será de ninguno de los dos.

MARCIAL.

Por qué motivo?

BERNRD.

Porque es mia, y trato de conservarla.

BELAVOINE.

Es tu querida?

BERNARD.

Más que eso.

MARCIAL.

Tu mujer?

BERNARD.

Es... la madre de mi hijo.

MARCIAL.

Comprendido: conquista de regimiento.

BERNARD.

Huérfana Luisa, la recogió muy niña un tio suyo, que era cura de mi lugar, y yo acólito de su iglesia.

MARCIAL.

Monago tú, sargento? (Rie, y los soldados le imitan.)

BERNARD.

Sí, cámaradas. Empecé por servir á Dios, lo que no ha im-

pedido que más tarde sirva á mi pátria. Habia visto crecer á Luisa, nos amábamos, y ya íbamos á casarnos, cuando el trastorno general ocurrió. El buen cura, que habia envejecido en otros principios, no podia avenirse con el nuevo sistema...

MARCIAL. (Riendo.)

Perdió su latin?

BERNARD.

Perdió su vida. Un dia fueron á prenderle, y Luisa estrechó entre sus brazos, deshecha en lágrimas, al que iban á separar de ella para siempre. «Bernard,» me dijo el pobre anciano, señalándome á su angustiada sobrina, «solo á tí vá á tener en el mundo: dale consuelo, protégela, vela sin cesar por ella; pero, no olvides esto, nada de casamiento entre vosotros interin dure la persecucion que pesa sobre la Iglesia. Moriré consolado si me prometes no hacer bendecir vuestra union sinó cuando el arrepentimiento de los hombres haya vuelto á levantar los santos altares.» Le ofrecí cuanto me pidió, y se lo llevaron, para que no le volviéramos á ver. Algunos dias despues me reclamó el servicio militar, y por lo tanto me era imposible velar por Luisa haciendo frente al enemigo. Qué partido tomar? Ella me sacó del apuro, diciéndome: «Partamos juntos. Me siento con fuerza para seguirte, tengo ánimo suficiente para morir contigo.» Desde entonces ha sufrido al lado mio molestias, privaciones y peligros de toda especie, sin dudar un instante, sin quejarse jamás.

MARCIAL.

Buena muchacha!

BERNARD.

Al principio me llamaba hermano; pero despues... En fin, las iglesias siguen cerradas, y ello es que nuestro hijo Víctor vá á cumplir tres años. Sin duda no es así como el cura entendia la prohibicion de casarnos... pero, qué habia de suceder?... Ya sabeis, camaradas, por qué Luisa, que no es mi hermana, no es tampoco mi mujer; y os pido para ella lo que tiene derecho para esperar de todos vosotros: es decir, respeto, amistad y proteccion.

BERNARD.

Convenido: se la protegerá.

MARCIAL.

Se la respetará.

BERNARD.

Cuento con ello, y ya vereis que es digna de vuestro afecto y estimacion.

MARCIAL.

Se los concedo desde luego, con tal que en su cantina pueda uno trincar con confianza... y fiado cuando sea preciso.

BERNARD.

Luisa es la providencia del soldado, amigos. En las marchas hay siempre un puesto en su carrillo para el infante aspeado, y un vaso de aguardiente en su barril para el compañero, cuyos bolsillos están tan exhaustos como seca su garganta; y en las acciones, cuando es preciso, en medio de un diluvio de balas sabe Luisa ir á levantar á los pobres heridos, enseñando el camino á los demás y llegando siempre la primera.

BELAVOINE.

Bravo! Rabio ya por conocerla.

MARCIAL.

Y quién nó?

BERNARD. (Escuchando.)

Pues se me figura oir el ruido de su carrito... (Mirando adentro.) Sí, sí: ahí está yá.

MARCIAL.

Compañeros, propongo que se la reciba con los honores militares.

BELAVOINE.

Adoptado.

MARCIAL.

A las cajas, tambores!

BERNARD.

Peloton, á las armas! Al hombro... ar... Presenten...ar... (Marcial toma el baston y hace señal á la banda de tambores, que toca marcha, mientras los soldados presentan las armas. Luisa se deja ver en el fondo, empujando un carrito.)

ESCENA II.

DICHOS.—LUISA.

TODOS. (Menos Bernard.)

Viva la vivandera de la trigésima segunda!

LUISA. (Saludando militarmente.)

Dios guarde á los valientes de Sambre-et-Meuse!

BELAVOINE. (Aparte á Marcial.)

Cáspita!... Bonita es la vivandera!

MARCIAL. (Aparte á Belavoine.)

Nada me digas: tengo en los ojos una funcion de fuegos artificiales.

LUISA.

Me recibis con mucha galanteria; pero no es de ordenanza lo que haceis.

MARCIAL.

Estrictamente nó; mas con el sexo bello no hay reglamentos, que valgan. (Aparte.) Es una perla la chica!

BERNARD.

Oye, Luisa: un obsequio pide otro, y ya que he conseguido licencia del teniente para venir á ayudarte en tu instalacion, es necesario que pagues la bien venida.

LUISA.

Es cosa corriente. (Sacando del bolsillo algunos vasos de hoja de lata.) Vamos, camaradas: la mano va á echar, y el corazon es el que dá. (Da de beber á los soldados.)

MARCIAL. (Aparte, despues de tomar el vaso de manos de Luisa.)

Esta mujer es demasiado amable, y vá á ser causa de alguna desgracia.

BERNARD. (Acercándose el último á Luisa.)

Y para mí no hay nada?

LUISA.

Espera, que voy por tu parte. Ya sabes que siempre te guardo la mejor. (Se acerca al carrillo, que se ha quedado en el fondo, saca de él un niño de tres años y lo pone en brazos de Bernard.) Aquí la tienes.

BERNARD.

Mi Víctor! (Le besa.) Amigos, os presento á un granadero futuro.

MARCIAL.

Es bonito el chiquitin. Otra ronda á su salud.

LUISA.

Con mucho gusto. (Vuelve á echar de beber.)

MARCIAL. (Aparte.)

Decididamente me subyuga, y no sé lo que aquí vá á pasar.

BERNARD. (Que se ha sentado, colocando al niño sobre sus rodillas.)

Decir que es mio este tesoro!... y que esto vestirá un dia el uniforme!... y que esto tendrá bigotes!... y que estos ojos despedirán miradas conquistadoras, que han de atravesar cien corazones femeniles!... Será usted adorado, señorito... se lo comerán á usted á caricias las mujeres... Oh! pero no ha de ser todo para ellas: yo tambien quiero mi parte. (Lo besa con efusion.)

LUISA. (Acercándose á Bernard.)

Que vas á ahogarle!

BERNARD.

Este niño no puede ser hijo de un simple sargento.

LUISA.

Qué estás diciendo?

BERNARD.

Es preciso que su padre sea general... y lo será... Tanto por tí como por él quiero que lo sea... Os amo de tal manera á los dos!... (Rodea el cuello del niño con un brazo, y al mismo tiempo le toma la mano á Luisa.)

MARCIAL. (Que ha estado reflexionando, acercándose á Bernard y Luisa.)

Perdonad si os interrumpo.

BERNARD.

No hay mal en ello... Quieres algo?

MARCIAL.

Lo que quiero es advertiros el peligro que á todos nos amenaza.

LUISA.

El peligro?

MARCIAL.

Luisa, teneis unos ojos... un cuerpo... unas maneras... un aguardiente... Reasumiendo: es preciso que os caseis.

BERNARD.

Pero ya sabes...

MARCIAL.

Sé que en el ejército de Sambre-et-Meuse se respeta religiosamente al matrimonio, y más bien que faltar á la legítima de un compañero, se haria cuartos á sí mismo cualquiera de sus individuos; pero sé tambien que en tanto que el casorio no es auténtico y reconocido, no hay seguridad para nadie, visto que todos pueden abrigar esperanzas de sustituir... Así, pues, se-

guid mi consejo, y llamaos madama Bernard, más bien hoy que mañana, mejor ahora que luego. Es cuanto tenia que decir.

BERNARD.

Si fuese posible, boda tendriamos en seguida; pero...

MARCIAL.

Pues á ello.

LUISA. (A Bernard.)

Y lo prometido á mi tio?

MARCIAL.

Lo cumplireis.

BERNARD.

Nos puedes proporcionar un cura, que no haya renegado?

MARCIAL.

Uno no juramentado: te lo garantizo.

BERNARD.

En dónde está?

MARCIAL.

Aquí: soy yo.

BERNARD.

Tú!

MARCIAL. (Señalando á un tamborcillo.)

Y este es mi acólito.

LUISA.

Bah!

MARCIAL.

Como lo digo... No habeis oido hablar de los casamientos á son de caja, que se practican entre nosotros, por interés de la moral y de la legitimidad de las esposas?... Pues aquí teneis al que los confecciona. Tal vez el estado civil tendrá que añadir alguna cosa á los que yo hago; pero por lo que atañe al estado militar, son correctos, sagrados. Cuando el redoble ha resonado, es lo propio que si el mismo papa hubiera echado su bendicion.

BERNARD.

¿Y si tú nos casas, será Luisa á vuestros ojos mi mujer?

MARCIAL.

El registro de la compañía dará fé de ello.

BERNARD.

Pues acepto.

MARCIAL.

Procedamos entonces en debida forma. Haz la peticion.

BERNARD.

Corriente. (A Luisa, con tono chancero.) Luisa Duval, tengo el honor de pediros vuestra mano para el sargento Antonio Bernard. Os prometo que será buen marido, tan cierto como vos sois muger honrada.

LUISA. (Tendiéndole la mano.)

Yo nada tengo que prometerte, Bernard.

MARCIAL.

Estais de acuerdo?

LUISA y BERNARD.

Sí.

MARCIAL.

Pues vamos. (Se sube en un banco de césped y hace una seña á los tambores, que toman las cajas y se forman.) Acérquense los contrayentes.

BERNARD. (A Luisa.)

No te pones tus galas de novia?

LUISA. (Tomando á Víctor en sus brazos.)

Mis galas? Aquí están.

(Luisa y Bernard se acercan á Marcial.)

MARCIAL.

Estais prontos?

(Se oye un cañonazo lejano.)

LUISA. (A Bernard.)

Has oido?.. Un cañonazo!

MARCIAL.

No hay que asustarse: es que suena la campana de mi iglesia. Tiernos conyuges, os jurais fidelidad y constancia?

BERNARD.

Para siempre.

LUISA.

Sí: para siempre.

MARCIAL.

Dáos las manos. (Bernard y Luisa se dan las manos, y Marcial hace seña á los tambores, que redoblan.) No os arrepentireis de lo que haceis hoy?

BERNARD.

Nunca.

LUISA.

Nunca.

MARCIAL.

Está bien. (Nueva señal y nuevo redoble.) En nombre de la República, y segun el reglamento, yo, Nepomuceno Cristóbal Marcial, os proclamo marido y muger, legítimamente unidos á perpetuidad, por mar y por tierra. (A la banda.) Vamos, el redoble solemne. (Redoble más largo.) Está hecho, hijos mios: os hállais sólidamente anudados. (Baja del banco.)

(Durante lo que precede ha continuado el ruido del cañon, y desde este momento resuenan descargas de fusilería y fuego graneado.)

BERNARD.

Diablo! La cosa parece que se formaliza.

(Se oye tocar generala.)

MARCIAL.

Nada le va á faltar á tu boda, sargento: ya empieza el baile.

BERNARD. (A los soldados.)

Al cuartel general, compañeros.—Luisa, sin duda el enemigo ha penetrado en el bosque y sorprende los acantonamientos, porque los tiros suenan cerca. Ponte en marcha, y procura llegar pronto á esa aldea, que se vé desde aquí. (Señala á dentro.)

LUISA.

Voy á hacerlo. (Abrazándole.) Adios, Bernard.

BERNARD.

Adios, Luisa. Cuidado con el niño, sobre todo. (Abrazando á este.) Adios, hijo mio. (A los soldados.) No hay que perder tiempo, no nos corten el paso.

(Vánse todos corriendo.)

ESCENA III.

LUISA sola.

Bernard tiene razon: el enemigo debe estar muy cerca, porque oigo silbar las balas entre esos árboles. Corro á poner á Víctor en seguridad. (Le coloca en el carrito.) Veamos si el camino está aun libre. (Se adelanta, y en este momento suena un cañonazo más cercano; al mismo tiempo, como si una bala hubiese alcanzado al carro, vuela el toldo en pedazos, y Luisa arroja un grito de terror.) Ah! mi hijo!.. (Corre al carrillo y saca de

él á Víctor sano y salvo.) Gracias, gracias, Dios mio! La bala no ha llegado á él... Ya me es imposible ganar la aldéa, porque el enemigo se interpone entre ella y yo... Qué haré? cómo salvaré á mi hijo?.. Huyamos con él por este lado. (En el momento en que va á echar á andar, suena un tiro de fusil muy inmediato, y ella cae herida.) Ay! estoy herida!.. herida tal vez de muerte!.. Pobre hijo mio!.. Qué va á ser de tí? (Le rodea con sus brazos y le cubre con su cuerpo.—Cae el telon.)

CUADRO SEGUNDO.

LA POSADA.

Cuarto de una posada. Cama en el fondo, cerrada con cortinas. Al pie de la cama y á la derecha, una puerta, que conduce al exterior de la casa. En segundo término, á la izquierda, otra puerta. En primer término, á la izquierda, chimenea. Cerca de la cama, una mesita con un belon encendido. Varios muebles ordinarios.

ESCENA PRIMERA.

MADAMA MULLER.—Luego el VIAJERO.

(Sale por la derecha, trayendo una taza con un plato, que coloca en la mesa cercana á la cama. Entreabre las cortinas y manifiesta contemplar á la luz del belon á una persona dormida. Un momento despues se deja ver el Viajero en la puerta de la izquierda.)

VIAJERO. (A media voz.)

Estais sola, Madama Muller?

MULLER.

Sí.

VIAJERO.

Y la enferma?

MULLER.

Duerme. Podeis entrar.

VIAJERO. (Adelantándose.)

Madama Muller, vengo á daros gracias por la hospitalidad que

me habeis concedido. No debo continuar por más tiempo siéndoos molesto, y como los caminos están ya casi libres, me decido á partir esta noche; pero necesito para ello el pasaporte, que me habeis prometido. Podreis proporcionármelo sin demora?

MULLER.

El burgomaestre vive á dos pasos, y corro á pedírselo. Quereis tener la bondad de reemplazarme aquí durante mi ausencia?

VIAJERO.

Con mucho gusto.

MULLER.

Pues voy sin perder tiempo. (Váse.)

ESCENA II.

LUISA, dormida.—El VIAJERO.

VIAJERO. (Sentándose.)

Esa buena posadera no se daria tanta prisa á complacerme si conociese mejor al huésped que tiene en su casa. Cree que va á salvar á un ilustre emigrado, cuando no soy sinó un pobre diablo, un proveedor, á quien la República pide cuentas, y que no está seguro de no haberse equivocado en las sumas. Por milagro he conseguido atravesar la frontera; pero esta aldea de Sielsberg está demasiado cerca de Francia, y es preciso alejarme más. Ay! si hubiese logrado salvar mi caja, aun podria ser dichoso en pais extranjero; pero qué va á ser de mí con el poco dinero que traigo encima?... Verémos... verémos lo que me depara la suerte...

ESCENA III.

DICHOS.—FRITZ.

FRITZ. (En la puerta del fondo.)

Se puede entrar?

VIAJERO.

Sí; pero sin hacer ruido.

FRITZ.

No hay cuidado: andaré de puntillas y hablaré de dientes para adentro. (Adelantándose.) Cómo va la enferma?

VIAJERO.

Creo que está mejor.

FRITZ.

Pues ayer, todavía su cabeza andaba á pájaros, y ni aun á mí me conocia, á mí, al carretero que la trajo hace quince dias desde Wimpfem.

LUISA. (Detras de la cortina.)

Bernard!... Bernard!... sálvanos!... salva á nuestro hijo! ..

FRITZ.

Se ha despertado. Veamos qué cara tiene hoy. (Abre las cortinas, y se vé á Luisa tendida en la cama y cubierta con un manton.)

LUISA. (Incorporándose.)

En dónde estoy?... Quién sois?

FRITZ.

Estais en Sielsberg, y soy Fritz el carretero.

LUISA. (Delirando.)

Bernard... Víctor... En dónde se hallan?

FRITZ. (Al Viajero.)

Lo mismo que siempre: la cabeza á pájaros.

VIAJERO.

No: la calentura ha desaparecido; pero está débil aun, y procura coordinar sus ideas.

FRITZ. (A Luisa.)

Miradme, miradme de hito en hito. No os acordais de haberme visto en alguna parte?

LUISA. (Sentándose en la cama.)

No sé... no sé...

FRITZ.

Yo os ayudaré á recordar. (Al Viajero.) Le voy á contar su historia. (A Luisa.) Hace quince dias que se batieron de lo lindo en Wimpfem...

LUISA.

Wimpfem!...

FRITZ.

No puedo deciros cómo y por qué os encontrásteis en la batahola; pero ello es que os pegaron un balazo en un hombro, y sin duda os creyeron muerta y os abandonaron. Al dia siguiente de la batalla pasaba yo por el camino de Wimpfem á Sielsberg, é iba medio dormido en mi carro, cuando de repente siento que

el caballo se para; miro, y veo delante de mí, casi á los pies del animal, una mujer tendida en el suelo; doy un salto, me apeo, y cojo la brida, á fin de que un cuadrúpedo no pisase á una cristiana; oigo una especie de gemido, me inclino, para cerciorarme, y vuestro aliento me llega al rostro. Entonces, como no estaba en el órden que os dejase allí abandonada, os metí en el carro y os traje aquí. Madama Muller, dueña de la posada del Aguila Negra, á quien le conté á mi llegada lo que me habia sucedido, no quiso que os llevase al hospital, sinó que os colocó en su misma cama, y mandó llamar al médico. Vuestra herida no era peligrosa, y se cicatrizó pronto; pero habeis tenido tanta calentura, que durante quince dias habeis oido sin entender y habeis mirado sin ver. Esta es la parte de vuestra historia que yo sé, y esto lo que os puedo decir. Vamos: vuelve la memoria?

LUISA. (Llevándose la mano á la frente y levantándose.)

Tengo aquí siempre como una nube, que no me es posible arrancar... Quiero recordar, y no puedo... Si estaré loca?...

FRITZ.

(Llevándola, ayudado por el Viajero, á un sillon, situado cerca de la chimenea.)

Qué disparate!... Este señor, que es un viajero, un emigrado, como dicen, hace un momento me aseguraba que es debilidad no más lo que teneis.

VIAJERO. (Pulsando á Luisa.)

Seguramente: la calentura ha desaparecido del todo.

FRITZ.

Y la ideas van á volver sin duda á vuestra cabeza muy pronto.

LUISA.

Ni siquiera me acuerdo de mi nombre... Solo se presenta á mi turbada mente la imágen de una mujer... de una mujer desconocida.

FRITZ.

Toma!... Madama Muller, que os vela dia y noche.

LUISA.

Sí... la vuelvo á ver... pero siempre á través de esta nube, que no se disipa... Está sentada junto á mi cama...

FRITZ.

Pues!... para cuidaros.

LUISA.

Por qué se levanta?... Se arrodilla en medio del aposento... sí... ahora la distingo bien.

FRITZ.

Eso será que la habeis visto arrodillarse para pedirle á Dios que os ponga pronto buena.

LUISA.

No... no reza... Una tabla del piso se levanta delante de ella...

FRITZ.

Ea!... otra vez la cabeza á pájaros!

LUISA.

Qué esconde en el suelo?... Parece oro...

VIAJERO.

Oro!

LUISA.

Sí... y hay mucho...

FRITZ.

Oro Madama Muller!... Pues si la pobre apenas gana para mantenerse ella y su familia... Vamos: habeis tenido una pesadilla.

VIAJERO. (Aparte y mirando al suelo.)

Habrá oro escondido bajo estas tablas?

LUISA. (Llevándose la mano al hombro.)

Cómo me duele aquí!

FRITZ.

Todavía os resentís de la herida?

LUISA.

De la herida?... Cierto... me han herido... he recibido un balazo en... Wimpfem...

FRITZ.

Magnífico!... ya veo que los pájaros empiezan á desalojar vuestra mollera.

VIAJERO. (Aparte y poniendo el pie sobre una tabla del piso.)

Esta tabla ha sido levantada, porque no junta como las otras.

LUISA.

Sí, en el bosque de Wimpfem... allí se separó de mí Bernard... Oh! me acuerdo... mi hijo estaba conmigo... le tenia en mis brazos cuando caí... (Se levanta.) En dónde está?... (A Fritz.) Oh! no habreis salvado á la madre sin el hijo: no es cierto?

FRITZ.

No hubiera faltado sitio para él en el carro, si hubiese estado con vos; pero os hallábais sola, completamente sola.

LUISA.

Sola?... Es imposible... Quién se lo habia llevado?... Le habian dado muerte?... Oh! vuelve, vuelve, memoria mia! (Recordando.) Ah! pasaban unas mujeres... huian aterradas... yo no podia seguirlas... pero les grité: salvad, salvad á mi hijo!... Una de ellas se detuvo, y de mis brazos ensangrentados pasó á los suyos el pobre niño, que lloraba... Al huir con él... me dijo su nombre y el de su pueblo... Se llama... Dios mio! Dios mio!... Se llama... Ah! Carlota... sí, Carlota me dijo... Oh! gracias, gracias, Señor de bondad!... no estoy loca, y podré encontrar á mi hijo.

FRITZ.

Es verdad: sabiendo el nombre de la que se lo llevó, y el del pueblo en que vive.

LUISA.

El del pueblo?

FRITZ.

Decís que lo nombró...

LUISA.

Sí...

FRITZ.

Y cuál es?

LUISA.

Cuál?

FRITZ.

No os acordais?

LUISA. (Cayendo en el sillon.)

No... (Sollozando.) No!.. no!..

FRITZ. (Con tono compasivo.)

Ah!

ESCENA IV.

DICHOS.—MADAMA MULLER.

MULLER. (Saliendo con un papel en la mano.)

Aquí teneis el pasaporte, caballero.

VIAJERO. (Tomándolo.)

Gracias, señora.

MULLER.

Persistís en marchar esta noche?

VIAJERO.

Seguramente. (Aparte.) Pero sabré antes si esa muger ha soñado, ó si con efecto ha visto lo que ha dicho.

MULLER. (Viendo á Luisa, que se la ocultaba Fritz.)

Hola! Levantada mi enferma!...

FRITZ.

Está mejor... (Aparte á Madama Muller.) Menos de la cabeza.

MULLER. (Aparte á Fritz.)

Pobre mujer!

VIAJERO. (Aparte.)

Cómo asegurarme de?...

MULLER. (Al Viajero.)

Le he preguntado al burgomaestre si los caminos ofrecerán seguridad para vos, y por lo que me ha contestado, os aconsejo que no volvais atrás, porque despues de la accion de Wimpfem se han apoderado los franceses de la aldea de Kerbach...

LUISA. (Levantando de pronto la cabeza.)

Kerbach!...

VIAJERO.

Os doy por todo las mas expresivas gracias, Madama Muller, y voy á hacer mis preparativos de marcha. (Aparte.) Pero no saldré de esta casa sin haber levantado esa tabla. (Vase.)

LUISA. (A Fritz.)

Conque hay una aldea, que se llama Kerbach?

FRITZ.

Sí: á doce leguas de aquí.

LUISA. (Consigo misma, atravesando la escena.)

Carlota... Kerbach... Eso es.

FRITZ. (A Madama Muller.)

Conque decis que los franceses están en Kerbach?

MULLER.

Ocupan lo que queda del pueblo, porque lo han quemado.

LUISA. (Vivamente, y acercándose á ella.)

Que lo han quemado decís?

MULLER.

Sí: lo han quemado.

LUISA.

Dios mio!... mi hijo estaba en él!

MULLER.

Será posible?... Qué desgracia!... Pero tal vez las noticias que me ha dado el burgomaestre no son exactas... y dentro de algunos dias... mañana tal vez...

LUISA.

Oh! No esperaré ni una hora... ni un momento... voy á partir ahora mismo.

MULLER.

Para dónde?

LUISA.

Para Kerbach.

MULLER.

Imposible!

LUISA.

Imposible cuando os he dicho que mi hijo está allí?... (A Fritz.) Pues habeis tenido compasion de una mujer moribunda, la tendreis tambien de una madre desesperada. Me llevareis á Kerbach, no es verdad?

FRITZ.

Pero no reflexionais que estando allí los franceses, corro peligro de perder mi caballo y mi carro, sin contar con que pueden fusilarme?... Oh! no me expondria á tales peligros por menos de cincuenta florines, y era de balde.

LUISA.

Y yo nada poseo!... nada!...

MULLER.

Semejante viaje os mataria en vuestro estado de debilidad.

FRITZ.

Madama Muller tiene razon. Mañana habrá noticias más recientes...

LUISA.

Mañana!... mañana!...

FRITZ.

Y tan pronto como las reciba, vendré á comunicároslas. Va-

mos, tranquilizaos: no ha de haber ardido toda la aldea, y Dios protege á los niños. Hasta mañana, hasta mañana. (Vase.)

ESCENA V.

LUISA.—MADAMA MULLER.

LUISA.

No es verdad, Señor, que si me habeis vuelto la razon, si habeis permitido que pueda comprender el peligro que corre mi hijo, es para que vaya á salvarlo?... Oh! sí; porque vos, Dios mio, sois la suprema bondad... Señora, ya lo habeis oido: por un poco de oro ese hombre me conducirá á Kerbach... á Kerbach, en donde mi Víctor sufre, y me llama tal vez. Por ese dinero daria yo toda la sangre de mis venas. Habeis querido salvar mi vida, y aun más que la fiebre me matará la inquietud. Si habeis de acabar vuestra obra, si deseais que viva, señora, me prestareis esa cantidad, bajo la garantia de mi honor y el de mi marido... Venderémos lo poco que poseemos, y se os devolverá vuesto adelanto. Os lo juro, señora, os lo juro por la memoria de mi madre, por el honor del soldado á quien estoy unida, por la cabeza de mi hijo. (Cae de rodillas.)

MULLER.

Comprendo cuanto debeis padecer, y sin embargo, aun cuando pudiese hacer lo que me pedis, dudaria; porque en el estado en que os hallais, no llegaríais á Kerbach sinó moribunda ó muerta; pero soy pobre; y el dinero que solicitais, no puedo dárosle, no le tengo.

LUISA.

(Fijando la vista en la tabla que indicó el Viajero, cerca de la cual está arrodillada.)

Ah!

MULLER.

Qué mirais?

LUISA.

Sé que sois rica, señora, que poseis mucho oro.

MULLER.

Os equivocais.

LUISA.

Estoy segura de ello. (Señalando á la tabla.) Aquí le encerrais.

MULLER.

Silencio! silencio!...

LUISA. (Levantándose.)

Conque es verdad?

MULLER.

Sin duda en una de vuestras noches de insomnio habeis sorprendido mi secreto; pero le guardareis, no es verdad?... Hay, con efecto, bajo esa tabla un saco de oro, que escondí al saber que se aproximaban los franceses; pero os juro por lo más sagrado que ese dinero no es mio: es un depósito, que me fué confiado por un anciano, que emigraba, y todo depósito es sagrado.

LUISA.

Es cierto. Murió mi esperanza!

ESCENA VI.

DICHAS.—FRITZ.

FRITZ. (Saliendo.)

Vuelvo para deciros, Madama Muller, que vuestro huésped, que acaba de partir, me ha encargado que venga á haceros saber que vuestra yegua torda se ha herido en la cuadra. He ido á verla, y está el animal de tal suerte, que dá compasion mirarla.

MULLER.

Voy, voy á ver qué ha sido eso. (Aparte á Luisa.) Quedo confiada en que no hablareis á nadie de lo que habeis descubierto. Me lo prometeis?

LUISA. (Aparte á Madama Muller.)

Os lo juro.

MULLER. (Lo mismo.)

Gracias. (Alto.) Volveré á ver al burgomaestre, y vendré á comunicaros las noticias que adquiera. (Váse con Fritz.)

ESCENA VII.

LUISA, sola.

Me es imposible esperar: partiré, partiré esta noche... en este instante mismo... Preguntaré, y me dirán cuál es el camino que debo seguir. Este abrigo me protejerá del frio. (Se pone el manton que la cubria en la cama.) Este baston me dará apoyo. (Toma uno de junto á la chimenea.) Las limosnas de los transeuntes me librarán del hambre. Sí: iré á Kerbach. Dicen que estoy débil...pero Dios me dará fuerza... Dicen que estoy moribunda... pero soy madre. Oh! llegaré, llegaré á donde me propongo. (Se vá por la derecha, y al mismo tiempo la puerta de la izquierda se abre y el Viajero sale por ella con precaucion.)

ESCENA VIII.

El VIAJERO.

Solo... estoy solo .. (Cierra las puertas.) Sabré si hay un tesoro aquí!

(Cae el telon en el momento en que levanta la tabla del piso, que él y Luisa han indicado antes.)

ACTO PRIMERO.

EL GUANTE ACUSADOR.

Jardin de la casa del general Bernard, en París.—A la derecha un grupo de árboles, y delante de él un banco de césped.—A la izquierda un pabellon, al que se sube por una escalinata: su puerta mira al grupo de árboles, y tiene una ventana practicable, que dá frente á los espectadores; al pie de esta ventana hay varios arbustos en flor, en evidente desórden, viéndose en el suelo hojas y flores, arrancadas de los mismos.—En el fondo una tápia con verja en medio, que dá á la calle.—Más allá se vé otra tápia, y árboles por encima de ella, pertenecientes al parque de Monceau.

ESCENA PRIMERA.

VÍCTOR, solo.—Despues MARCIAL.

VÍCTOR.

Qué les habrá sucedido á estos arbustos?... Hojas y flores frescas esparcidas por el suelo!... ramas recientemente tronchadas!... No parece sinó que una nube de piedra ha descargado esta noche sobre ellos.

MARCIAL. (Saliendo por la derecha y mirando adentro.)

Estaos ahí y esperad la señal. (Viendo á Víctor.) Buenos dias, señorito Víctor.

VÍCTOR. (Sin dejar de examinar los arbustos.)

Buenos dias, Marcial.

MARCIAL.

Os ha llamado la atencion el desastre de las flores?... Pues lo

ha ocasionado un torpe, que les ha caido encima al saltar algo apresurado por esa ventana.

VÍCTOR.

Por la ventana de este pabellon, que comunica con la habitacion de mi madre política?

MARCIAL.

Cierto; pero no os dé eso cuidado, que la visita no ha sido hecha á la señora condesa.

VÍCTOR.

A quién, pues?

MARCIAL.

Parece ser que uno de los jardineros del parque de Monceau, nuestro vecino de enfrente, tenia que comunicarle cosas importantes á Faustina, la doncella de la señora, y como tiene ocupacion de dia, ha querido aprovechar la noche para sus conferencias. Por desgracia para él, yo no dormia tampoco, meditando cierto proyecto para hoy, y esto ha sido causa de que me encontrase en la oscuridad con el galanteador nocturno; que asustado con mi presencia, ha huido por los corredores, se ha perdido en ellos y, finalmente, equivocando la puerta, ha caido desde esa ventana en los arbustos. Pero la aventura no volverá á repetirse, porque la señora, sabedora de lo ocurrido, al despertar esta mañana, ha llamado á Faustina, la ha echado un buen sermon á puerta cerrada, y ha concluido por darle algun dinero y ponerla de patitas en la calle, para que vaya á ser visitada nocturnamente en otra parte.

VÍCTOR.

Me llama la atencion el que la condesa se haya privado de los servicios de Faustina, siendo su hermana de leche y queriéndose tanto las dos.

MARCIAL.

Pues no hay duda en que la ha despedido; y no me parece extraño, porque la señora condesa se podia ver comprometida en cierto modo... Prueba de ello es la idea que se me ocurrió en el primer momento, cuando encontré anoche á ese mocito.

VÍCTOR. (Con interés.)

Qué idea?

MARCIAL.

No tiene sentido comun. La señora, me dije á mí mismo, es

demasiado jóven, y demasiado noble quizás, para un ex-sargento de la trigésima segunda media brigada, sobre todo en este tiempo de restauracion, como le llaman.

VÍCTOR.

Sin duda tu sospecha es absurda, porque la esposa del conde de Saint-André no podria faltar á sus deberes sin hacerse culpable de la más negra ingratitud. Hija del arruinado marqués de Beauferrand, todo se lo debe á su casamiento con mi padre: dicha, riqueza, ilustracion...

MARCIAL.

Ya lo creo!... Y á no ser por ese maldito cañonazo, que quemó los ojos del general, vuestra madre política sería hoy mariscala de Francia. (Aparte.) Pobre Luisa!... Para ella hubiera sido todo; pero hace veinte años que nadie sabe si es viva ó muerta, y ninguno la nombra siquiera delante de su hijo, con arreglo á la consigna del general. Ya se vé, no es cosa de que se hable de la vivandera, porque podría eso avergonzar á la señora condesa.

VÍCTOR. (Que durante el aparte de Marcial se ha vuelto á acercar á los arbustos y ha abierto las ramas. Aparte.)

Qué veo!... un guante amarillo!... (Recoge de entre los arbustos lo que ha nombrado, y lo examina.) Un guante de hombre, perdido sin duda por el que ha saltado por la ventana!... Muy elegante es, por vida mia, el novio de Faustina, siendo jardinero!... (La persiana de la ventana, que se ha entreabierto un momento antes, se cierra apresuradamente.) Hola!

MARCIAL.

Hablábais?

VÍCTOR. (Aparte.)

Alguien escuchaba!.. (Alto.) No. (Aparte.) Sabré de quien es este guante!... (Le guarda y se dirige al fondo.)

MARCIAL.

Vais á salir?

VÍCTOR.

Sí: tengo que desempeñar un encargo de mi padre. Creo que se ha encontrado hace poco un registro de regimiento, que se creia perdido ó quemado, y habiéndolo sabido ayer mi padre, quiere que vaya al ministerio y vea si en el tal libro aparecen

algunos antecedentes respecto á una vivandera del ejército de Sambre-et-Meuse, por quien se interesa.

MARCIAL.

Llamada Luisa Duval?

VÍCTOR.

Precisamente. Mi buen padre no olvida jamás á ningun amigo, y es el protector de cuantos ha conocido en el servicio.

MARCIAL.

Procurad adquirir noticias de la valiente vivandera de la trigésima segunda, señorito Víctor, porque á esa mujer le debeis...

VÍCTOR.

El qué?

VOZ. (En el pabellon.)

El señor marqués de Beauferrand espera á la señora condesa en el coche.

VÍCTOR.

Mi madre política va á las Tullerías con su padre.

MARCIAL.

Bueno! llegó el momento de mi sorpresa: el general va á bajar al jardin, y con tal que estemos solos... (Viendo á Edgardo, que aparece en el fondo.) Voto vá!... una visita!...

ESCENA II.

DICHOS.—EDGARDO.

VÍCTOR.

Tú por aquí tan temprano, Edgardo?

EDGARDO.

Habia pensado verte más tarde; pero como me han llamado para visitar á un enfermo en este barrio... Justamente es conocido tuyo: es ese jóven diplomático, pariente de tu madre política, que suelo encontrar aquí.

VÍCTOR.

Ah! Gaston de Montclar. Qué tiene?

EDGARDO.

Poco mal. Se le ha escurrido un pie hoy en su casa, y al caer se ha lastimado la muñeca derecha.

VÍCTOR.

Esta mañana ha dado una caida Mr. de Montclar?

EDGARDO.

Ha querido explicarme con empeño el cómo ha sido; pero yo no he puesto gran cuidado en su relato, y lo que he comprendido es que ha caido con bastante violencia sobre una alfombra.

MARCIAL.

Más vale eso que caer desde una ventana, aun cuando sea sobre rosas.

VÍCTOR. (Reflexionando.)

Es un accidente, que... (Cambiando de tono.) Iré á verle. Pero tú no has venido solo para contarme eso, Edgardo. Edgardo, mírame á la cara.

EDGARDO.

Ya te miro. Qué lees en mis ojos?

VÍCTOR.

Que tienes que hablarme.

EDGARDO.

Puede que no te equivoques.

VÍCTOR.

Es quizás de parte de tus padres, ó de la de tu hermana?... Ten piedad de mí: explícate pronto.

EDGARDO.

Poco á poco. Como te has dirigido á mi familia, en lugar de confiarte á mí, para castigarte, no has de saber nada hasta que haya hablado á solas con tu padre.

VÍCTOR.

Tendré que conformarme.

EDGARDO.

Búscame despues en casa, y te daré parte del resultado de mi entrevista con el general.

VÍCTOR.

Me viene bien, porque tengo que ir al ministerio de la guerra, á cuyo lado vives. Date prisa, amigo, y no hagas que me muera de impaciencia.

EDGARDO.

Iré todo lo más pronto que me sea posible, querido cuñado. (Le dá la mano.)

VÍCTOR. (Tomándosela.)

Ah! ya puedo esperar con calma á saber lo demás. (Váse por el fondo.)

ESCENA III.

MARCIAL.— EDGARDO.

MARCIAL. (Que durante la escena anterior ha dado muestras de impaciencia, viendo que Edgardo se dirige al pabellon.)

A dónde vais, señor?

EDGARDO.

A ver al general.

MARCIAL.

Es que el general va á estar ocupado ahora mismo, ocupado conmigo.

EDGARDO.

Eso es decir que os estorbo, buen Marcial. Con efecto, he notado que desde que llegué estais como violento, teneis un no se qué de misterioso...

MARCIAL.

Sin duda. Necesitamos estar solos los que yo sé, para recordar á nuestras anchas lo que otros quieren que olvidemos.

EDGARDO.

Olvidar qué?

MARCIAL.

Muchas cosas, y entre ellas el que hoy, 15 de Agosto de 1818, es fiesta para algunos.

EDGARDO.

Seguramente: para mí, por ejemplo, que celebro el dia de mi madre.

MARCIAL.

Se llama Napoleona?

EDGARDO.

No, sino Maria, cuyo nombre ha sustituido al otro en el actual calendario.

MARCIAL.

No entro en esos arreglos de almanaques, agenos á la Guardia Imperial; y como otras veces, en tal dia como hoy gustaba el

general de encontrarse rodeado de nosotros, he reclutado por aquí y por allá algunos veteranos de Smolensko y de Waterloo, á fin de tener una reunion de confianza. Falta el mejor; pero aun quedan algunos buenos.

EDGARDO.

No habeis tenido mal pensamiento, Marcial.

MARCIAL.

Os parece bien?... Pues por vida mia que me admiro de ello; porque segun vuestra cuna, Mr. de Bussieres, eso no debia cuadrar con vuestra opinion.

EDGARDO.

Estais en un error. Si por mi familia pertenezco á la antigua nobleza, por la educacion que he recibido y por mi corazon soy un hijo de la Francia nueva. Respeto todos los cultos y admiro todas las glorias; por lo tanto, no estaré de más entre vosotros.

MARCIAL.

Pues si eso hay, ya podemos romper la marcha con el pie izquierdo, (Mirando á dentro.) que el general viene. (Un criado abre la ventana y la puerta del pabellon. Marcial se acerca al grupo de árboles y dice, mirando á dentro:) A las filas, compañeros, y gritemos; pero en voz baja.

ESCENA IV.

DICHOS.—BERNARD.—BELAVOINE con una pierna de palo.—Varios militares.

(Belavoine y sus compañeros, que visten uniformes de diversos cuerpos del ejército imperial, salen y se forman en fila, dando frente á la puerta del pabellon, y en el momento en que el general se presenta en ella, gritan con voz ahogada.)

TODOS.

Viva el general Bernard!

BERNARD. (Deteniéndose en la escalinata.)

Qué es esto?

MARCIAL.

Mi general, son amigos, son unos pocos valientes del antiguo régimen, que no han olvidado, lo mismo que vos, en qué aniversario estamos hoy. Vienen con la esperanza de que os dig-

nareis pasarles revista, como lo hacíais en otro tiempo en el Carrousel ó en el Campo de Marte. No podeis negarles esta satisfaccion.

BERNARD.

Pero...

MARCIAL.

Os suplico, mi general, que suprimais los peros.

BERNARD.

Va á ser la revista del ciego.

MARCIAL.

La revista del que ya no puede ver, en representacion del que ya no puede oirnos.

BERNARD.

Consiento, pues, y con tanto mas gusto, cuanto que me parece que al estrechar sus manos he de conocerlos.

MARCIAL. (A sus amigos.)

Firmes! (Figura con la voz y las manos tocar marcha.) Tran... ran... taran...

BERNARD. (Yendo de uno á otro, y conociéndolos por el tacto.)

Este es Pedro, del 3.º de dragones, herido en Wagram. (A otro.) Simon, de cazadores de la Guardia, (Tocándole una cruz, que lleva al pecho.) condecorado en el Moscowa.—Estéban, del 7.º de lanceros, que me prestó su capa, para dormir en la nieve. (A otro, con tono chancero.) Oh! ya te conozco, buena pieza: eres Andrés, Andrés el calavera, parroquiano del calabozo de correccion. No se me ha olvidado que me salvaste la vida en Austerlitz. (Tocándole la frente.) Aquí en tu frente toco la cicatriz de la herida, que recibiste al colocarte delante de mí. Ya ves que tengo buena memoria, mala cabeza. (Tocando á los demás.) Qué buenos sois!... os habeis puesto vuestros antiguos uniformes, para obsequiarme... para obsequiarme á mí, que no puedo verlos... Pero sí, sí: os veo con mi pensamiento. Oh! mejor se vé con el corazon que con los ojos.

BELAVOINE.

Eso es segun...

BERNARD. (Volviéndose hácia él.)

Quién ha hablado?

BELAVOINE.

Yo, mi general, para deciros que si viéseis bien, notaríais que

el uniforme de alguno de nosotros no es completamente de ordenanza, que le falta algo.

MARCIAL.

Lo que es al suyo le falta una pierna.

BERNARD.

Ah! ya sé quién eres: servias en el ejército de Sambre-et-Meuse, y te llamas Belavoine. (Abrazándole.) Pobre camarada!... (A los otros.) Perdonad, amigos, si le he abrazado antes que á vosotros; pero me recuerda el dia más bello y el más funesto de mi vida: el dia en que gané la charretera y perdí á Luisa.

MARCIAL.

Bien esta eso; pero y yo?

BERNARD.

Vamos, ven acá, envidioso... Venid todos. (Les tiende los brazos, y los veteranos se precipitan en ellos.) No hay que decir que no nos separarémos sin que probeis mi vino.

BELAVOINE.

Con vos á la cabeza, mi general, somos capaces de bebernos todo el que haya en vuestra bodega.

BERNARD.

Pues vamos á hacerlo. (Va á irse.)

EDGARDO. (Acercándose.)

Perdonad, señor conde: tengo que hablaros.

BERNARD. (Deteniéndose.)

Cómo!... estábais ahí, doctor, y no me lo advertís, para estrecharos la mano?... (Se la dá.) Marcial, haz mis veces en la mesa, hasta que vaya á reunirme con vosotros, que será muy pronto. Entretanto bebe por tí y por mí.

MARCIAL.

Haré por vos ese sacrificio.—Vamos, compañeros. La revista ha sido magnífica, y el general está satisfecho de vosotros. Todos sereis mencionados en la órden del dia. (Váse con los militares por la derecha.)

ESCENA V.

BERNARD.—EDGARDO.

BERNARD. (Sentándose en el banco de césped.)

Estamos solos, doctor: podeis hablar.

EDGARDO.

Antes que todo, señor conde, para no olvidarlo, debo preveniros que uno de mis clientes desea tratar con vos de cierto asunto, y me ha encargado que os anuncie vendrá hoy á veros.

BERNARD.

Basta que vos le conozcais, Mr. de Bussieres, para que sea bien recibido en mi casa.

EDGARDO.

Mil gracias. Es un hombre riquísimo, que piensa mucho en Dios y hace bastantes obras de caridad.

BERNARD.

Cómo se llama?

EDGARDO.

El baron de Tourville.

BERNARD.

Tourville... Debe ser un antiguo asentista, que en otro tiempo se vió tan comprometido, que tuvo necesidad de expatriarse... pero si lo que posee es mal adquirido, como algunos dicen, á Dios, y no á mí, es á quien ha de dar cuenta de su conducta. Le recibiré, doctor.

EDGARDO.

Pues vamos al principal motivo, que me ha traido aquí. Se trata de mi amigo Víctor.

BERNARD.

De mi hijo?

EDGARDO.

Sí señor. Víctor ama á mi hermana Clotilde. Yo lo sabia sin que él me hubiese dicho nada, y hoy solicita su mano.

BERNARD.

Pues no lo ha consultado con su padre... Qué han respondido los vuestros?

EDGARDO.

Consienten ya.

BERNARD.

Ya?

EDGARDO.

No debo ocultaros, mi general, que he tenido necesidad de batallar con mi familia, pues habiendo pertenecido á la antigua córte, sus preocupaciones de raza han sido causa de que desde

luego no haya comprendido todo el honor que le resulta de su alianza con una de las glorias del imperio.

BERNARD.

Con que consienten?

EDGARDO.

Mis padres aceptan por yerno al heredero legítimo del conde de Saint-André, cualquiera que haya sido la condicion social de la que el sargento Bernard tuvo por primera esposa.

BERNARD.

Lo habia previsto: un obstáculo se opone á este casamiento, y mucho temo que sea insuperable.

EDGARDO.

Cuál es?

BERNARD.

El nacimiento de Víctor.

EDGARDO.

Pues qué, su madre?...

BERNARD.

Ante Dios era mi esposa; pero la ley no ha legitimado nuestra union.

EDGARDO.

Mucho cambia eso el estado del negocio, porque introducir en nuestra familia á una mujer, indigna quizás...

BERNARD. (Levantándose.)

Indigna!... Oh! no tal. Si la suerte no nos hubiese separado hace veinte años, ella seria hoy condesa de Saint-André, y haria honor á su título, os lo aseguro.

EDGARDO.

Con que há muerto?

BERNARD.

Lo ignoro. Despues de muchos años de inútiles pesquisas, he debido suponer que no existe: pero no tengo prueba alguna de ello.

EDGARDO.

Y Víctor, que nada me ha dicho!... Muy reservado ha sido conmigo!

BERNARD.

La culpa es solo mia.

EDGARDO.

Pues cómo?

BERNARD.

Durante nuestras guerras y en los raros momentos en que veia á mi hijo, no juzgaba necesario instruirle de cosas, que su edad no le permitia comprender; y, por otra parte, en aquella época no se nos preguntaba de qué manera habiamos venido al mundo: solo habia entonces una madre comun, que era la pátria, y se reconocian por hijos legítimos á cuantos la servian bien. Más tarde no podia, no debia descubrir á Víctor un secreto, que tal vez le hubiera arrebatado el amor y el respeto que profesa á la memoria de su madre. De este modo, pues, he guardado silencio con mi hijo en todo lo respectivo á este asunto, y, por consiguiente, no ha podido deciros lo que ignora.

EDGARDO.

En esa parte no me atrevo á decidir si habeis obrado bien ó mal, y me limitaré á repetir vuestras palabras á mis padres. Tal vez no conseguiré vencer de nuevo; pero lucharé segunda vez, eso sí, á pesar de que siendo enemigo de preocupaciones absurdas, en lo que hace á escrúpulos sobre la dignidad del nombre, aun sin tenerlos yo, debo respetarlos en los demás. Soy vuestro, señor conde.

BERNARD.

Id con Dios, Mr. de Bussieres.

(Váse Edgardo.)

ESCENA VI.

BERNARD.—MARCIAL.—Despues LUISA.

MARCIAL. (Saliendo como quien espiaba.)

Por fin se va el doctor. Cerremos pronto la verja.

BERNARD. (Consigo mismo.)

Si no te hubiese perdido, Luisa, Víctor seria dichoso.

(Va á sentarse cerca del pabellon, en actitud de meditar. Marcial ha ido al fondo y se prepara á cerrar la verja, cuando Luisa se presenta en ella.)

LUISA.

Es aquí donde vive el general Bernard?

MARCIAL.

Aquí es.

LUISA.

Está en casa?

MARCIAL.

En casa está.

LUISA.

Puedo hablarle ?

MARCIAL. (Aparte.)

Y los otros , que nos esperan!... (Alto.) Teneis que hablar al mismo general Bernard ?

LUISA.

Y tambien á... á otra persona...

MARCIAL.

A su esposa?

LUISA. (Apoyándose en la verja.)

Su esposa!...

BERNARD. (Saliendo de su meditacion.)

Quién está ahí?

MARCIAL. (Aparte y mirando á Luisa.)

Esa voz!... esa cara!... Bah ! sin duda me equivoco.

LUISA.

El general que vive aquí , es Bernard... el antiguo sargento Bernard , de... de la trigésima segunda media brigada ?...

BERNARD. (Aparte.)

Qué voz !... Estoy soñando?...

MARCIAL. (Que no ha cesado de mirar á Luisa.)

No , voto al diablo , no me equivoco , es ella !

BERNARD. (Con explosion.)

Luisa!

LUISA. (Con dolor.)

Bernard!

BERNARD.

Luisa , mi corazon te ha conocido!... tú eres !... sí , tú !

LUISA. (Acercándose á él)

Bernard , díme que mi hijo existe , y todo te lo perdono.

BERNARD.

Existe.

LUISA.

Gracias, gracias, Dios mio!

BERNARD.

Es mi tesoro, mi amor, mi orgullo.

MARCIAL.

Le adoramos.

LUISA. (Llorando de alegria.)

Basta... basta... Esas palabras me dan demasiada dicha... la alegría me ahoga. (Se sienta.)

BERNARD. (Apretándole la mano con ternura.)

Pobre Luisa!

CORO. (Dentro.)

Viva el imperio!
muerte al traidor!
gloria al invicto
Napoleon!

MARCIAL.

Pues no están entonando cantos sediciosos los convidados, para no fastidiarse con nuestra tardanza!... Voy, voy á hacerles callar y á despedirlos.—Os dejo sola con el general, porque despues de veinte años de separacion, hay tantas cosas que decirse... (Se va por la derecha, gritando:) Quereis callar, comprometedores?

ESCENA VII.

LUISA.—BERNARD.

BERNARD. (Sin soltar la mano de Luisa.)

Luisa! amada Luisa!... tú á mi lado!...

LUISA. (Con pasion.)

Bernard!... (Conteniéndose.) Perdonad: me olvidaba de que ya no sois para mí sinó el conde de Saint-André.

BERNARD.

Háblame, háblame de tí, solo de tí.

LUISA.

No: de mi hijo. He sido muchas veces objeto de vuestras conversaciones? han buscado tus ojos con frecuencia en su rostro una semejanza con el mio?

BERNARD.

Mis ojos!... No me has mirado aun, Luisa?

LUISA. (Levantándose y examinando los ojos de Bernard.)

Ciego!... ciego!

BERNARD.

Si. En la batalla de Eylau, el fuego de un cañon me condenó á una noche eterna; y á no ser por esta desgracia, jamás hubiese consentido... pero el emperador no quiso que su antiguo compañero de armas se viese reducido á un completo aislamiento, y él mismo arregló mi boda.

LUISA.

Es digna de tu respeto, de tus atenciones y de tu reconocimiento la que te ha consagrado su vida. Para mí hubiese sido una dicha; pero para ella no es más que un deber.

BERNARD.

Si hubiera yo sabido que tú existias... Por qué me lo has dejado ignorar?

LUISA.

He estado lejos... muy lejos... fuera de Francia.

BERNARD.

Qué importaba?... Al menor indicio... solo un indicio necesitaba; pero nada, jamás llegaba á mí la menor noticia tuya.

LUISA.

No podia dártela.

BERNARD.

No has podido en veinte años?

LUISA.

Durante veinte años he llorado, he sufrido... Nada más me es posible decirte.

BERNARD.

Ah! una horrible desgracia ha pesado sin duda sobre tí!

LUISA.

No hablemos de mi desgracia... la tuya es mayor; porque á ese niño, á nuestro hijo, que me has conservado, solo puedes oirle, y yo voy á verle.

BERNARD.

Sí, muy pronto, porque le estoy esperando, y lo que va á decirme al llegar te probará si has estado presente en mi memoria, pues por órden mia se ocupa de tí en este momento.

LUISA.

De mí?

BERNARD.

Oye, Luisa: cuando se presente Víctor...

LUISA.

Me lo comeré á caricias.

BERNARD.

Contendrás por afecto á mí el arranque de tu corazon, ahogarás el grito supremo del amor maternal; porque... aquí no me es permitido decirte en alta voz: ese es tu hijo: aquí no tienes derecho para ser madre. Si la condesa de Saint-André fuese sabedora de los lazos que nos unen, se ofendería de tu presencia en su casa, y yo no debo darle ejemplo del escándalo, cuando exijo de ella que sepa guardar bien mi honor.

LUISA.

Pretendeis, señor conde, que sea una extraña á los ojos de mi hijo?

BERNARD.

Oh! no: te nombrarás á él; pero en voz muy baja, tan baja, que solo Víctor pueda oirla. Este sacrificio te lo exijo por mi tranquilidad, en nombre de mi desgracia.

(Luisa no responde, y desde un momento antes ha vuelto los ojos hácia el fondo y sigue con la vista á Víctor, que ha entrado por la verja y se dirige al pabellon.)

ESCENA VIII.

LUISA.—BERNARD.—VÍCTOR.

LUISA. (Aparte.)

Un jóven... Si será él?

BERNARD. (Que le ha tomado la mano.)

Qué tienes? Te has estremecido?

VÍCTOR. (Que se ha vuelto al ir á entrar en el pabellon.)

Ah! no os habia visto, padre.

LUISA. (Con voz ahogada.)

Es él!

BERNARD. (Aparte á Luisa.)

Sí; pero calla.

LUISA. (Sin apartar los ojos de Víctor.)

Es él!

VÍCTOR.

Veo que estais ocupado: volveré despues. (Va á irse.)

LUISA. (Aparte á Bernard y con tono suplicante.)

Díle que se quede.

BERNARD.

Puedes hablar delante de esta señora, que es... conocida muy antigua mia.

LUISA. (Aparte á Bernard.)

Acaba, acaba por Dios!...

BERNARD. (Aparte á Luisa.)

Ahora. Tu misma le dirás: soy tu madre. (Alto á Víctor.) Anoche te dí un encargo, Víctor.

VÍCTOR.

Vengo del ministerio.

BERNARD.

Y qué hay de ese registro de regimiento, que se creia quemado?

VÍCTOR.

Os informaron bien: existe, y os traigo las noticias que deseais tocante á la vivandera Luisa Duval.

(Luisa, que hasta ahora ha escuchado y mirado á Víctor con enagenamiento, al oir sus últimas palabras se extremece y vacila.)

LUISA. (Aparte y con terror.)

Dios mio!...

BERNARD. (Aparte á Luisa.)

Lo oyes?... Ya ves cómo es cierto que pensábamos en tí. (Alto á Víctor.) Qué puedes decirme?

VÍCTOR.

Que, segun una nota, que he leido, el 23 de Setiembre de 1797, en la aldea de Sielsberg, en Prúsia, Luisa Duval fué condenada á detencion perpétua, por robo.

BERNARD.

Luisa Duval sentenciada por robo!... No es eso verdad.

(Ruido dentro, de un carruaje.)

VÍCTOR.

Un carruaje entra en el patio. (Se acerca á la verja.)

LUISA. (Aparte á Bernard.)

Es preciso que hablemos á solas.

BERNARD. (Aparte á Luisa.)

Sí: muy preciso.

VÍCTOR. (Volviendo.)

Es mi madre política, que vuelve de palacio.

BERNARD.

Pues sal á su encuentro, y si pregunta por mí, ven á decírmelo.

VÍCTOR.

Está bien. (Aparte.) Se halla conmovido... Mucho se interesa por la tal Luisa Duval.

(Luisa sigue con la vista á Víctor, que sube las gradas del pabellon; procura contener su agitacion hasta el momento en que va á cerrar la puerta; pero entonces hace un movimiento, como para correr tras él y detenerle. Bernard, que ha adivinado el combate que tiene lugar en el pecho de Luisa, la coge el brazo y la detiene. Por la ventana del pabellon se vé á Víctor, que lo atraviesa y desaparece.)

ESCENA IX.

LUISA.—BERNARD.

BERNARD.

Eres inocente, Luisa, y puedes probarlo: no es verdad?

LUISA.

No.

BERNARD.

Pero sin duda no te infama ninguna sentencia.

LUISA.

Sí, por cierto.

BERNARD.

A lo menos no estarás ya bajo la accion de la ley?

LUISA.

Lo estoy.

BERNARD.

Desgraciada! desgraciada!... Entonces, criminal ó no, no puedes decirle á Víctor: soy tu madre.

LUISA.

Y sin embargo hay en el mundo, estoy segura de ello, quien podria testificar mi inocencia.

BERNARD.

Quién?

LUISA.

El que con mano oculta ha favorecido mi evasion. Despues de pasar tantos años en un calabozo, sin ser conocida de nadie en ese pais, donde se me ha sentenciado, quién ha podido interesarse por Luisa Duval, sino un testigo, ó el propio autor del robo que ocasionó mi condena?

BERNARD.

Con efecto. Y no sospechas quién puede ser tu libertador?

LUISA.

No. Hace algunos dias que la puerta de mi prision se abrió para mí, y se me entregó al mismo tiempo una carta, que contenia estas palabras: »Luisa Duval, estais en libertad; pero no indultada. Apresuraos á pasar la frontera, y á donde quiera que os refugieis, ocultad bien quién sois, porque en todas partes os perseguirá la justicia.» Este escrito, que conservo, carece de firma, y solo se lee al pié: «Preguntad en Paris por el presbítero Savinien, en la sacristia de San Eustaquio.»

BERNARD.

Es un indicio, y te habrás dado prisa á aprovecharlo.

LUISA.

Antes que todo he acudido á Kerbach, con la esperanza de saber allí algo de Víctor. Con efecto, encontré á la buena Carlota, que es la mujer á quien le confié á nuestro hijo en el campo de batalla de Wimpfem, la que me dijo que te le habia entregado hacia muchos años, y que recibia de tí una pension, cuyos trimestres le enviaba un tal Marcial, mayordomo del conde de Saint-André, que vivia en Paris en la calle de Courcelles. Olvidando todo lo demás, he corrido al saber esto á la casa del general y conde, como hubiera ido en otro tiempo á la del sargento Bernard.

BERNARD.

Pues hoy mismo es preciso avistarse con ese cura Savinien.

ESCENA X.

ELENA y VÍCTOR en el pabellon, despues un CRIADO.—Mas tarde GASTON, en el mismo.—LUISA y BERNARD en el jardin.

ELENA. (Saliendo.)

Si, querido Víctor: el rey ha estado hoy de muy buen humor.

LUISA.

Hablan en el pabellon.

BERNARD.

Es la condesa. Luisa, es necesario que te vayas.

LUISA.

Que me vaya!

CRIADO. (Anunciando en el pabellon.)

Mr. Gaston de Montclar.

(Movimiento en el pabellon. Gaston se presenta, y Víctor clava en él la vista.)

BERNARD.

Me harás saber á donde te refugias, y Marcial me llevará á tu casa.

VÍCTOR.

Celebro, Mr. de Montclar, que vuestra caida no ofrezca cuidado, puesto que os permite salir de casa.

LUISA. (Que iba á irse, deteniéndose.)

Mi hijo habla.

GASTON.

Conque sabeis?...

VÍCTOR.

Que os habeis caido en... una alfombra... Quereis decirme quién es vuestro guantero?

ELENA. (Aparte.)

Dios mio!

BERNARD.

Conque, Luisa...

LUISA.

Nadie me vé: déjame oirle.

GASTON.

Mi guantero es Wenzel, el de palacio.

ELENA.

En donde está vuestro padre, Víctor? No le he visto hoy, y lo deseo.

VÍCTOR.

Voy á traerle, señora.

BERNARD.

Vete, Luisa, vete, y prométeme, suceda lo que suceda, no descubrir tu secreto hasta que yo te permita hacerlo.

LUISA.

Te lo prometo, Bernard. (Se dirige al fondo.)

VICTOR. (Saliendo del pabellon.)

Padre, vengo á buscaros de parte de vuestra esposa.

BERNARD.

Pues dame el brazo. (Aparte.) Pobre Luisa!

ELENA.

Es preciso alejar á ese muchacho, ó nos perderá, Gaston.

LUISA. (En el fondo, mirando á Víctor.)

He prometido callar; pero no el dejar de verle.

(El general, que ha tomado el brazo de su hijo, sube con este al pabellon, en el que hablan en secreto Gaston y Elena. Luisa no aparta la vista de Víctor.—Cae telon.)

ACTO SEGUNDO.

DEUDA PAGADA.

Sala, que comunica con una galería.—Vasta chimenea, adornada con candelabros, ramos de flores, etc. que hace frente á los espectadores, y encima de ella un espejo sin azogar, que deja ver un salon dispuesto para un baile.—Puerta en el fondo, por la que se vé la galería, y dos laterales en primer término, cubiertas con tapices.—Muebles de mucho lujo.

ESCENA PRIMERA.

UN CAZADOR.—Criados.—Luego MARCIAL.

(Los criados están en la galería, ocupándose en colocar macetas de flores, y el Cazador los mira desde la puerta del fondo. Marcial sale por la derecha con un almohadon de terciopelo debajo del brazo.)

MARCIAL. (Consigo mismo.)

Qué batahola, que tracamandana en la casa!... La condesa da un baile y manda encender todas sus luces para celebrar el dia de San Luis, al paso que el del otro, el verdadero patron, el general y yo tuvimos que contentarnos con iluminarnos por dentro. (Se dirige á la izquierda.)

CAZADOR.

Qué os parecen, señor Marcial, nuestros preparativos para el baile, que dá la señora por ser hoy los dias del rey? No es verdad que será magnífico?

MARCIAL.

Me has visto alguna vez de grande uniforme, luciendo mi persona un dia de parada en el Carrousel?

CAZADOR.

Nunca.

MARCIAL.

Pues entonces no sabes lo que es magnífico.

(El Cazador se encoge de hombros y se va por la galería, y al mismo tiempo sale el general por la izquierda.)

ESCENA II.

MARCIAL.—BERNARD.

BERNARD.

Estás aquí, Marcial?

MARCIAL.

Sí, mi general.

BERNARD.

Han invadido mi habitacion para el baile; pero nos queda el pabellon del jardin, y...

MARCIAL.

No nos queda nada. (Pone el almohadon en el suelo, delante de un sillon.)

BERNARD.

Ni el pabellon tampoco?

MARCIAL.

Todo lo han tomado por asalto.

BERNARD. (Sentándose.)

Conque el baile nos tiene bloqueados?

MARCIAL.

Estamos entre dos fuegos: el de la orquesta y el de las botellas del bufet.

BERNARD.

Pero nos queda el recurso de pasar la noche fuera de casa. Saldrémos furtivamente, y volverémos lo mismo. Mi ceguera y mi falta de salud me dispensan de asistir al baile, y la condesa les dirá á los convidados que estoy encerrado en mi alcoba por órden del médico. (Se levanta.)

MARCIAL.

Bien pensado, mi general; pero á dónde irémos?

BERNARD.

A donde hace ocho dias que me estás llevando, y donde, sin embargo, aun no hemos ido, porque siempre al ir al salir te se ocurre un pretesto para retardarlo.

MARCIAL. (Aparte.)

Malo!

BERNARD.

Pero hoy no sucederá lo mismo: Elena, ocupada en su funcion, no puedo oponer obstáculo, é iremos á casa de Luisa.

MARCIAL. (Aparte.)

Diablo!... Qué haré?...

BERNARD.

Resignada á mi voluntad, la pobre madre no ha vuelto por aquí; pero, por dicha, tú diste con ella.

MARCIAL.

Toma!... al dia siguiente.

BERNARD.

Y todos han sabido de su hijo?

MARCIAL.

Sin faltar uno.

BERNARD.

Vamos á sorprenderla. Pobre Luisa!... cuánta va á ser su alegría!... No creia que el baile de mi mujer seria causa de que pasara yo una noche tan satisfactoria.

MARCIAL.

Cómo decirle que?...

BERNARD.

Vamos, vamos allá.

MARCIAL. (Confuso.)

Es que... ella... Luisa no nos espera... y puede suceder muy bien que haya salido.

BERNARD.

Aguardarémos á que vuelva.

MARCIAL. (Aparte.)

Larga la llevávamos entonces!

BERNARD. (Reflexionando.)

Aunque no, no...

MARCIAL. (Vivamente.)

Sí: mejor es que no la esperemos.

BERNARD.

Para dar tiempo á que vuelva, nos irémos á San Eustaquio.

MARCIAL. (Admirado.)

A San Eustaquio?... y para qué?

BERNARD.

A preguntar por un cura.

MARCIAL.

Por un cura!... Os quereis confesar, mi general?

BERNARD.

Eso no te importa.

MARCIAL.

Pues si le decís todos vuestros pecados, ya hay para rato.

BERNARD. (Aparte.)

Sí: hablaré á ese presbítero Savinien, y le haré interesarse por la suerte de esa pobre mujer, injustamente condenada. (Alto.) Ve á buscar un coche de alquiler, y que espere en la puertecilla del jardin.

ESCENA III.

DICHOS.—ELENA.

ELENA. (Saliendo.)

Para qué es ese coche?

BERNARD.

Para mí, Elena.

ELENA.

Es imposible que esta noche salgas. Y nuestro baile?

BERNARD.

Dí el tuyo. Brilla, sé admirada, sé dichosa, que ese es tu derecho; pero déjame el mio: necesito soledad, libertad... Las exigencias de tu fiesta casi me han expulsado de mi habitacion, y el pabellon del jardin ha sido invadido igualmente; por ello es preciso que salga esta noche.

ELENA. (Apoyándose en el brazo de Bernard y con tono confidencial.)

Bernard, el dichoso porvenir de tu hijo puede peligrar si esta noche te ven fuera de tu casa.

BERNARD. (Sorprendido.)

El dichoso porvenir de mi hijo?

ELENA.

Ahora te esplicaré mis palabras. (Volviéndose á Marcial, que se ha retirado al fondo.) Marcial, el señor conde renuncia á salir.

MARCIAL. (Aparte.)

Me alegro: así me saca de un apuro.

ELENA.

Haced que quede libre el cuarto y el despacho de mi marido.

MARCIAL.

Bien, señora. (Aparte.) Y como encuentre luminarias por este lado, las apago, y que echen la culpa al viento. (Vase por la izquierda.)

ESCENA IV.

ELENA.—BERNARD.

BERNARD.

Conque, dime, Elena, por qué mi ausencia puede perjudicar á Víctor?

ELENA. (Haciéndole sentar y sentándose á su lado.)

Nuestro baile en el dia de hoy, amigo mio, tiene naturalmente una significacion política, y el rey se alegra de que le demos, como de una victoria. No estar hoy en tu casa, es declarar abiertamente la guerra al que te cree ya conquistado. Piensa en tu hijo: no te será grato verle en próspero camino?

BERNARD.

Sin duda; pero habiendo sido contrario de los que nos gobiernan, me he propuesto no pedirles nada para mí, ni para Víctor.

ELENA.

Pero he pedido y conseguido yo.

BERNARD.

Tú?... en mi nombre?

ELENA.

En el mio. La hija del emigrado se ha valido de su crédito para probar su gratitud al general del imperio. Se le confiará á Víctor una mision científica y... lejana... en la que puede hacer grandes servicios y adquirir gloria. Supongo que esto te agradará, porque no querrás que se diga de los príncipes y condes del imperio lo que tantas veces se ha dicho de los nobles de la

monarquía: los padres han ganado sus títulos, y los hijos, para llevarlos, no han tenido otro trabajo, que el de nacer.

BERNARD. (Vivamente y levantándose.)

Oh! no: no quiero que digan eso de mi Víctor.

ELENA. (Aparte.)

Conseguiré alejarle. (Alto.) Ahora comprenderás lo que tu salida de casa esta noche podria perjudicarle y disgustarme á mí, porque indicaria que desapruebas mi conducta.

BERNARD. (Apretándole la mano.)

Me quedaré, Elena.

ELENA.

Y si te presentases en el salon... (Movimiento de disgusto de Bernard.) Un instante... nada más que un instante... Me complacerias tanto!...

BERNARD.

Verémos, verémos...

ELENA.

Vístete como quieras; pero exijo de tí que te pongas todas tus cruces.

BERNARD.

Para qué?

ELENA.

Me enorgullezco al verte con ellas.

BERNARD. (Afectuosamente.)

Te daré gusto, Elena.

ELENA.

He dicho que todas tus cruces, hasta la nueva.

BERNARD. (Admirado.)

La nueva?

ELENA.

Sí: la de San Luis.

BERNARD.

No la tengo.

ELENA.

Sí tal: desde esta mañana eres caballero de la órden de San Luis. El rey, creyéndose reconciliado contigo, ha querido incluirte por sí mismo en la última promocion.

BERNARD.

Ponerme yo la cruz de San Luis!... Vamos, eso es imposi-

ble. Si llevo las otras, es porque mi conciencia me dice que las he merecido; pero en cuanto á esa, como he hecho precisamente lo contrario á lo que es necesario para obtenerla, creeria al prenderla en mi pecho que me burlaba de todos los que la tienen con justo título.

ELENA.

Conque os negais?

BERNARD.

Sí, Elena, sí. No quieras que sacrifique un escrúpulo legítimo á las exigencias de tu vanidad, á un capricho.

ELENA.

Un capricho!... Es posible, señor general; pero tambien yo he sacrificado al vuestro hace pocos dias lo que es más que un escrúpulo, pues era cuestion de un cariño, nacido en la infancia. Porque no era de vuestro agrado, he tenido que despedir á la pobre Faustina, mi hermana de leche.

BERNARD.

No era de mi agrado, porque esa muchacha mandaba aquí más que tú misma, y no parecia sinó que la necesidad de sus servicios te habia puesto bajo tu dependencia.

ELENA.

Su delito único era la antipatía que la teniais, y apesar de eso, para complaceros no he dudado en despedirla tan pronto como he podido hacerlo con alguna apariencia de justicia; y lo que es más, la que la ha sustituido, la he recibido por recomendacion de Marcial, vuestro protegido, vuestro factotum.

BERNARD.

Sí: me ha dicho que te ha traido una camarera.

ELENA.

Que es viuda de un antiguo compañero suyo.

BERNARD.

Ah!

ELENA.

Verdad es que no tengo motivo hasta ahora para quejarme de la recomendada de Marcial: es servicial y afectuosa, y parece discreta. (Cambiando de tono.) Conque quedamos convenidos, general, en que consientes en ponerte esta noche tu nueva cruz. La tengo en mi cuarto, y te la mandaré con María.

BERNARD.

Quién es María?

ELENA.

La camarera de que acabo de hablarte.

(Edgardo y Tourville se presentan en la galería, y se detienen en ella, como dudando si pasarán adelante.)

ESCENA V.

DICHOS.—EDGARDO.—TOURVILLE.

BERNARD.

Quién viene?

ELENA.

El doctor Edgardo de Bussieres y el baron de Tourville, á quien ya te han presentado.

BERNARD.

Ah! sí: el ex-asentista.

ELENA. (Al doctor y al baron.)

Adelante, señores: el conde tendrá un placer con vuestra visita.

BERNARD.

Seguramente. No os detengais, que ya sabeis que no puedo salirle á nadie al encuentro, y necesito que vengan mis amigos hasta mí.

ELENA.

Habreis recibido mi billete de convite, doctor: sois de los nuestros?... (Edgardo se inclina.) Me hará igual favor Mr. de Tourville?

TOURVILLE.

Un millon de gracias, señora condesa; pero el estado de mi salud no me permite concurrir á ningun baile.

EDGARDO.

El baron desea hablar un corto rato con el señor conde de Saint-André, y tambien yo, mi general, tengo algo que deciros.

BERNARD.

De parte de vuestros padres?

EDGARDO.

Precisamente.

ELENA.

Vamos, doctor, ofrecedme el brazo, y dejemos solos á estos señores. Quiero que me digais vuestra opinion sobre los preparativos de mi baile.

EDGARDO.

Estoy á las órdenes de mi señora la condesa.

(Elena toma el brazo de Edgardo, y los dos se van por el fondo.)

ESCENA VI.

BERNARD.—TOURVILLE.

BERNARD. (Sentándose.)

Con vuestro permiso tómo asiento, Mr. de Tourville, y os ruego que me imiteis.

TOURVILLE. (Sentándose tambien.)

Mil gracias. Solo vengo para haceros una súplica.

BERNARD.

Súplica?... De qué se trata?

TOURVILLE.

Hace pocos dias que tuve el honor de ser recibido por vos para tratar de la venta de vuestra huerta de Chavenay, que yo deseaba adquirir...

BERNARD.

Y al punto nos pusimos de acuerdo, lo que hubiera sido extraño en otra época, pues con dificultad se avenian los generales y los asentistas de entonces; pero los tiempos han cambiado mucho.

TOURVILLE.

Y los hombres tambien. Solicito, pues, que si es posible considereis como no admitida la proposicion que os hice.

BERNARD.

Es decir que no estais satisfecho del trato, lo que me admira en quien nunca tenia que arrepentirse de los que hacía... hablo de los antiguos.

TOURVILLE.

Puede que sí, señor conde.

BERNARD.

A pesar mio dejo asomar mi rencor de soldado republicano

contra los pobres proveedores... y á fé que no tengo razon, porque á ellos les debemos más de una victoria.

TOURVILLE.

Oh! exagerais sus servicios.

BERNARD.

No, por cierto. Dejándonos faltos de todo, nos obligaban á conquistar del enemigo lo que se olvidaban de darnos. Pero perdonad si os recuerdo pecados viejos. Con que no quereis ya la huerta y pretendeis que se anule lo tratado?

TOURVILLE.

La destinaba á un fin piadoso, y tengo que renunciar á él.

BERNARD.

Yo la vendia por interés de mi fiel Marcial, á quien pienso cederle esa finquita: para él hubiera sido el dinero, y para él será la huerta. No hay nada de lo pactado.

TOURVILLE.

Gracias, señor conde. (Se levanta.) Permitid que me retire ya, pues vivo muy lejos, y esta noche tengo en mi casa ..

BERNARD.

Baile tambien?

TOURVILLE.

Oh! no: una reunion, en la que ha de tratarse de asuntos de beneficencia, y en la que tomará parte el clero de varias parroquias, tales como Santa Isabel, San Eustaquio...

BERNARD. (Vivamente.)

Ah! conoceis á los clérigos de San Eustaquio?

TOURVILLE.

Sí.

BERNARD.

Y al presbítero Savinien?

TOURVILLE. (Sorprendido e inquieto.)

Al presbítero Savinien?... Sin duda... mucho. Estará en nuestra reunion.

BERNARD.

Podeis presentarme á él?

TOURVILLE.

Con mucho gusto; pero no necesitais de mi intervencion para

que Mr. Savinien sea para vos lo que para todo el mundo: un consejero prudente y un severo juez.

(Luisa se presenta en la puerta de la derecha, trayendo en la mano una cinta y una cruz de San Luis.)

ESCENA VII.

DICHOS.—LUISA.

LUISA. (Aparte y retirándose al fondo.)

Ah! no está solo.

BERNARD.

Si tuviese que pedirlè?...

TOURVILLE. (Interrumpiéndole.)

Lo que vais á decirme será tal vez secreto, y debo preveniros que no estamos solos: hay allí una mujer, que me parece una criada de la casa.

BERNARD.

Ah! será María, la doncella de la condesa. No os detengais más, señor baron. Haré que me lleven á vuestra casa, é irémos juntos á ver á ese sugeto.

TOURVILLE.

Cuando gusteis. (Aparte.) Por qué querrá conocer al presbítero Savinien?... (Alto.) Quedad con Dios, señor conde.

BERNARD.

Hasta la vista.

(Al irse Tourville, se acerca á Luisa.)

TOURVILLE. (Aparte, mirando á Luisa con estupor.)

Qué veo!... es ella!... Aquí está mujer!... Ah! comprendo: el general lo sabe todo... Una palabra más, y me perdia!

(Ocupada Luisa en mirar á Bernard, no ha notado el terror de Tourville, que se va por el fondo.)

ESCENA VIII.

BERNARD.—LUISA.

BERNARD.

Acercaos, María, pues creo que es así como os llamais, y dadme esa cruz, que me traeis de parte de la condesa. (Luisa le po-

ne en la mano la cruz y la cinta, volviendose á retirar el fondo.) Por qué os vais?... Quedaos, y ya que hay empeño en que hoy luzca esta condecoracion, ponédmela al pecho... Acercaos... Os causo miedo?

LUISA. (Acercándose y ahogando la voz.)

Oh! no. (Toma la cruz y la cinta de manos de Bernard, y temblando se las pone en el pecho.)

BERNARD. (Aparte.)

Qué voz!... (Alto.) Decís que no os causo miedo, y jurara que estais temblando. (Le toma una mano.) Sí: vuestra mano tiembla y está helada... Es muy extraño!... (Luisa quiere desasir su mano; pero él la toma la otra y la detiene por fuerza.—Momento de silencio, durante el cual procura ella retirarse, aunque sin emplear la violencia; mas el general, á quien una sospecha asalta de pronto, parece que aspira el aliento de la que tiene delante de sí, á fin de conocerla por él. La agitacion de Luisa aumenta por grados, y va á venderla. La fisonomía de Bernard expresa sucesivamente inquietud, duda, y conviccion despues, exclamando por fin:) No puedes engañarme: te he conocido... eres Luisa!

LUISA.

Silencio, Bernard!... (Mira hácia el fondo con terror, y segura de que no hay nadie, añade más bajo y en tono suplicante:) Silencio, señor conde... Si os oyesen...

BERNARD.

Tú aquí, imprudente!

LUISA.

Juzga si sé guardar mi secreto y dominarme. Hace ocho dias que vivo en esta casa, y lo ignorabas... hace ocho dias que estoy al lado de mi hijo; pero fuerte contra mi dicha, ansiosa de prolongarla, nada en mí me vende. Muchas veces nos hemos encontrado Víctor y yo, muchas veces me ha hablado, y á pesar de que mi corazon se extremece de alegría, á pesar de que mi alma se embriaga de dicha, clavo los ojos en él, y mi mirada es serena; le respondo, y mi voz es tranquila. Ah! desafio al ojo mas perspicáz, á la imaginacion más penetrante, á que adivinen, aun estando Víctor presente, que esta criada, que aparenta no ocuparse más que en dar cumplimiento á su obligacion, es una madre, que vela por su hijo.

BERNARD.

No dudo de tu presencia de ánimo, Luisa, y te admiro; pe-

ro saber que ocupas en mi casa una condicion servil....

LUISA.

Qué importa el modo, si estoy á su lado?... Me permitirías de otra manera que un mismo techo cubriese á los dos?

BERNARD.

Lo consideras posible?

LUISA.

Pues no te avergüence entonces mi actual estado: harto barata pago la dicha ignorada, que disfruto.

BERNARD.

Hermosa alma es la tuya!... Confío en que llegará un dia en que puedas darte á conocer á nuestro hijo.

LUISA.

Nunca sabrá que soy su madre!

BERNARD.

Tal vez sí; porque ese cura Savinien...

LUISA.

Le he visto.

BERNARD.

Y qué?

LUISA.

Instruido de mi evasion, me esperaba para ofrecerme socorro y un asilo, en nombre de una persona desconocida. Qué mano es esa, que en la oscuridad me protege?... Mr. Savinien no ha podido, ó no ha querido decírmelo. Esperaba un testimonio en favor de mi inocencia; pero solo una limosna era lo que tenia que darme, y la he rehusado.

BERNARD.

El primer dia de tu llegada, Victor te encontró conmigo. Cómo no te ha conocido, al verte sirviendo á la condesa de Saint-André?

LUISA.

Me ha conocido, y acogido bien.

BERNARD.

Comprendo el silencio de Marcial; pero por qué mi hijo no me ha dicho nada de tu presencia en esta casa?

LUISA.

Le supliqué que te lo ocultase, y así lo ha hecho.

BERNARD.

Pero en qué te has fundado para exigirle ese silencio?

LUISA.

En ser viuda de uno de tus compañeros de armas, obligada á servir por reveses de fortuna. Cree conocer los misterios de mi vida, y en cambio me ha dejado adivinar poco á poco los deseos de su alma: sé que ama, que es amado, y que para que sea feliz basta con que tú lo quieras... Y lo querrás: no es cierto?

BERNARD.

Puedes dudarlo?... (Escuchando.) Alguien debe acercarse.

LUISA. (Mirando por la puerta del fondo.)

Es él y su amigo Mr. de Bussieres.

BERNARD.

Aléjate, y sé prudente, Luisa.

LUISA.

Tranquilízate: no verá en mí sinó á María.

ESCENA XI.

DICHOS.—VÍCTOR.—EDGARDO.

VÍCTOR. (Que sale agarrado del brazo de Edgardo.)

No te dejo, Edgardo: esta vez tendrás que hablar á mi padre en mi presencia.

EDGARDO.

Consiento en ello, y con tanto mayor placer, cuanto que esta vez traigo buenas noticias.

BERNARD.

Buenas noticias?

LUISA. (Que iba á irse, y se detiene. Aparte.)

Oh! me quedo. (Figura arreglar los objetos que hay en la chimenea.)

EDGARDO. (Mirando á Luisa.)

Hablaré cuando estemos solos, mi general.

VÍCTOR. (Reparando en Luisa.)

Lo dices por María?... Pues ten entendido que no la tratamos como criada...—Padre, esta pobre mujer...

BERNARD.

Todo lo sé, Víctor.

VÍCTOR.

Entonces os parecerá muy natural el interés que me inspira...— Edgardo, estamos en familia: conque apresúrate á hablar.

EDGARDO.

Pues digo que todo marcha á pedir de boca: mi hermana se ha pronunciado, y yo tambien; los ancianos han sido derrotados, y el casamiento está resuelto.

VÍCTOR.

Y no me has contado eso tan pronto como me has visto?... Estos médicos son todos crueles hasta no más: no pueden dar la vida sin hacer sufrir.

BERNARD. (Tendiendo la mano á Edgardo.)

Gracias, Mr. de Bussieres: me proporcionais uno de los momentos más placenteros de mi existencia.

VÍCTOR.

Y le debeis la de vuestro hijo; porque, ahora lo declaro, si hubiese tenido que renunciar á Clotilde, habria muerto de desesperacion.

LUISA. (Vivamente.)

Oh! no digais eso delante... delante de vuestro padre.

EDGARDO.

No le hubiera dejado hacer tal locura, que para algo he estudiado medicina.

VÍCTOR.

Y cuándo ha de ser la boda?

EDGARDO.

Se fijará el dia tan pronto como el señor conde presente un documento, que creo tiene dificultad en adquirir.

BERNARD. (Inquieto.)

Un documento?

VÍCTOR.

Cuál?

EDGARDO.

La fé de defuncion de tu madre. Así que llene este requisito, serás mi hermano, Víctor.

(Víctor se queda cabizbajo, y Luisa, que se acercaba, se sostiene en un mueble, para no caer.)

BERNARD. (Aparte.)

Y lo dice delante de ella!...

ESCENA X.

DICHOS.—MARCIAL.

MARCIAL. (Saliendo por la izquierda.)

Mi general!... mi general!...

BERNRRD.

Qué ocurre?

MARCIAL. (Aparte á Bernard.)

Vuestro suegro, el marqués de Beauferrand, acaba de llegar.

BERNARD.

No está ahí la señora, para que le reciba?

MARCIAL. (Lo mismo.)

Pero es á vos á quien quiere ver, y sin tardanza. Ha subido en secreto por la escalerilla, y ha entrado como un loco en vuestro despacho.... Si viéseis qué palidez, qué agitacion!... Vé á buscar á tu amo, y que él solo sepa que estoy aquí, me ha dicho, arrojándose en un sillon; y en seguida se ha cogido la cabeza con las manos, como un desesperado.

BERNARD. (Aparte.)

Qué será?... (Alto.) Vuelvo, doctor: tengo que hablaros... Y á tí tambien, Víctor.—Marcial, el brazo. (Se agarra á él, y le dice aparte:) Llora Luisa: no es verdad?

MARCIAL (Aparte á Bernard.)

Luisa?... Diablo!... Conque sabeis?...

BERNARD. (Aparte á Marcial.)

Te pregunto que si llora.

MARCIAL. (Lo mismo.)

No, mi general.

BERNARD. (Aparte.)

Pobre madre! qué valor necesita.

(Váse por la izquierda, agarrado del brazo de Marcial.)

ESCENA XI.

EDGARDO.—VÍCTOR.—LUISA.—Despues ELENA.

EDGARDO. (A Víctor, que sigue con la cabeza caida sobre el pecho.)

Por qué tanta tristeza, Víctor? Al hablar de esa fé de defun-

cion, no he podido reavivar el dolor de una pérdida reciente, pues no has conocido á tu madre.

VICTOR.

Es verdad, Edgardo, que no la he conocido; pero he vivido confiado tanto tiempo en verla!... Es esta la primera vez que á mi esperanza de felicidad se mezcla un pensamiento de duelo.

LUISA. (Aparte.)

Siente mi muerte... Y no poder decirle: te veo, te amo, te bendigo!

ELENA. (Saliendo por el fondo en trage de baile.)

Ah! estais aquí, Víctor? Os buscaba, porque deseo hablaros.— Doctor, entre mis convidados, que llegan en tropel, he tenido ya el gusto de saludar á vuestra madre y á vuestra hermana.

VICTOR. (Con alegría.)

Clotilde está aquí?

EDGARDO.

Sí: te hemos querido sorprender con su venida. Voy á reunirme con ella y con mi madre. (Váse por el fondo.)

ELENA. (A Luisa.)

María, ya sabeis que haceis falta en mi cuarto.

LUISA. (Con humildad.)

Allá voy, señora. (Mirando á Víctor.) A precio de mi vida será feliz mi hijo. (Váse por la derecha.)

ESCENA XII.

ELENA.—VÍCTOR.

VÍCTOR.

Qué teneis que decirme, señora?

ELENA.

El otro dia le entregué á Marcial la lista de convidados al baile...

VÍCTOR.

La tengo yo.

ELENA.

Me lo figuré.

VÍCTOR.

La quereis?

ELENA.

Sí; porque tengo que leerla, para salir de una duda. Todos cuantos han recibido carta de invitacion, me han escrito, bien sea para aceptar, ó bien para justificar su imposibilidad de hacerlo; tan solo una persona no me ha contestado, y temo haberme olvidado de incluirla en la lista.

VÍCTOR. (Aparte.)

Comprendo. (Alto.) Pues sin ir por ese papel, que no tengo aquí, tal vez podré deciros lo que quereis averiguar.

ELENA.

Pero entre tantos hombres...

VÍCTOR.

Mi memoria es excelente, y si, por ejemplo, se trata de vuestro primo Mr. Gaston de Montclar, puedo responderos que no os habeis olvidado de él: su nombre ha estado en la lista.

ELENA.

Ha estado... y no está ya?

VÍCTOR.

No; porque lo he borrado yo.

ELENA.

Y con qué derecho?

VÍCTOR.

Con derecho ó no, no quiero verle en la casa de mi padre.

ELENA.

Creeis que yo no he de recibir en ella sino á quien os convenga?...Os haceis mi juez?

VÍCTOR.

Si fuese vuestro juez, os juzgaria de otro modo.

ELENA.

Qué audacia!

VÍCTOR.

No me ha parecido conveniente que vuestro... primo asista al baile, y por eso he hecho que su nombre desaparezca de la lista.

ELENA.

Pues os habeis tomado un trabajo inútil.

VÍCTOR.

Inútil?

(La puerta del fondo se abre, y se vé circular por la galería, como tambien en el salon de baile, á través del espejo, á muchos convidados. Gaston se halla entre los de la galería.)

ELENA. (Señalando á Gaston.)

Mirad. (Va á saludar á los convidados que se adelantan.)

ESCENA XIII.

DICHOS.—BERNARD.—EDGARDO.—GASTON.—CONVIDADOS.

(Durante esta escena, algunos convidados se pasean, y otros forman grupos.)

BERNARD. (Saliendo por la izquierda y aparte.)

Dejo al marqués más tranquilo. A toda costa repararé sus faltas, porque su honra es tambien la mia.

ELENA. (Acercándose á Bernard.)

Le agradezco á mi esposo que no se haya hecho esperar. Aquí están ya nuestros amigos.

(Los convidados rodean al general y le saludan.)

EDGARDO. (A Elena, que se ha separado del grupo en que está su marido.)

Vuestro baile ofrece estar animadísimo, señora Condesa.

ELENA.

Así lo espero. (Acercándose á Gaston y aparte á él.) Víctor me ha declarado la guerra abiertamente. Mide tus palabras, medita tus acciones, porque aprovechará el menor pretesto para dar un escándalo.

GASTON. (Aparte á la Condesa.)

Prefiero el combate á esta lucha sorda y cobarde.

EDGARDO. (Acercándose á Víctor, que está reflexivo.)

Qué haces ahí, obstinado meditador?... Clotilde ha aceptado ya tres invitaciones, y si tardas en hacer la tuya, te vas á quedar sin bailar con ella en toda la noche.

VÍCTOR.

Te doy gracias por habérmelo recordado, y muy pronto voy á escusarme con tu hermana por mi tardanza en ponerme á sus órdenes.

EDGARDO.

Muy pronto, eh?... Conque no ahora mismo?... Pues obra como mejor te parezca. Yo voy á hablar con uno de mis enfermos, á quien no le permito bailar sino conmigo. (Se introduce en uno de los grupos.)

VÍCTOR. (Aparte.)

Ni la traicion de esa muger, ni la audacia de su amante pueden quedar impunes. No debo denunciarlos á mi padre; pero sabré vengarle.

BERNARD. (Saliendo de entre los que le rodean.)

Señores, la distincion que el rey me ha concedido, me es sumamente satisfactoria; pero como nada he hecho para obtenerla, no creo merecer las felicitaciones que me dirigís.

GASTON. (Acercándose á Bernard.)

Con vos, mi general, se ha obrado con justicia; conmigo sí que no ha habido sinó favor; pero lo que en esta gracia hay para mí de más precioso, es que con vos la comparto.

BERNARD.

Conmigo?

ELENA. (Apoyándose en el brazo de su marido.)

Sí, amigo mio, tambien el nombre de mi primo Gaston aparece al lado del tuyo en el Monitor, tambien ha entrado en la promocion última.

VÍCTOR. (Aparte.)

Tengo el pretesto que buscaba. (Alto y acercándose á Gaston.) Con efecto, padre, Mr. de Montclar es caballero de la órden de San Luis, como vos. Tiene veinte y cinco años, y vos sesenta; pero eso, qué importa?... Una cinta os iguala. Vuestros servicios en los campos de batalla atestiguan vuestro valor; sus proezas de salon prueban que es un galanteador incansable; mas parece que sus hazañas valen tanto como las vuestras, cuando es caballero la misma órden que vos lo sois.

BERNARD.

Víctor!

GASTON.

Semejante insulto, señor mio!...

VÍCTOR.

Quién es el que debe creerse aquí insultado, cuando vos, que nacísteis ayer, confundiendo el precio de la intriga con la recom-

pensa del mérito, osa decirle á un ilustre anciano: somos iguales, soy caballero de vuestra órden?

BERNARD. } (A un tiempo.) { Basta! basta!
ELENA. } { Delira!
GASTON. } { Víctor!

ELENA. (A su marido.)

La autoridad de un padre no pone término á este escándalo?

BERNARD.

No puedo comprender semejante locura en mi hijo; pero reparará su falta. Quedaos, Mr. de Montclar. Os mando que os quedeis, Víctor. Vosotros, amigos mios, testigos de esta desgraciada escena, servíos alejaros y dejarme á solas con estos jóvenes, de quienes no me separaré sin que el ofensor haya pedido perdon al ofendido.

(Los convidados y Elená se van por la puerta del fondo, que se cierra.)

ESCENA IV.

BERNARD.—VICTOR.—GASTON.—Después ELENA y LUISA.

BERNARD.

Víctor, sin causa para ello habeis ultrajado indignamente á Mr. de Montclar. (Con energía.) Os mando que le pidais perdon.

VÍCTOR. (En voz baja á Gaston.)

Mr. de Montclar, cobardemente habeis ultrajado y deshonrado á ese anciano: os mando que os arrodilleis ante él.

GASTON.

Yo!

BERNARD.

El arrepentimiento, que no puedo leer en vuestros ojos, lo quiero oir de vuestra boca.

VICTOR. (Lo mismo.)

No puede veros; pero os verá Dios.

GASTON. (Con voz ahogada.)

Semejante exigencia...

VICTOR.

Obedeced, (Señalando á Elena, que se presenta en el fondo.) ó delato á vuestra cómplice.

BERNARD.

Dudais, Víctor? Pues sabed que hay verdadero valor en hu-

millarse y reconocer las faltas que se cometen. Estoy esperando vuestras palabras.

VÍCTOR. (Como antes.)

Obedeced, ó hablo.

(En este momento asoma Luisa la cabeza por la puerta de la derecha, y Elena le hace á Gaston una señal de súplica.)

LUISA. (Aparte.)

Qué sucede aqui? (Se oculta detrás del tapiz.)

BERNARD.

Víctor, por última vez os digo que quiero oiros confesar vuestra falta y pedir perdon por ella.

VÍCTOR. (Cogiendo la mano de Gaston y llevándole delante de Bernard.)

El culpable está delante de vos, padre mio.

LUISA y ELENA. (Aparte.)

Oh!

BERNARD.

Pues que hable.

VÍCTOR.

Se humilla, y arrepentido de su conducta, confiesa que ha faltado como caballero, y que ha olvidado el respeto que debe á vuestros cabellos blancos.

BERNARD.

Pero no á mí, al ofendido has de dirigir tus escusas.

VÍCTOR. (Aparte á Gaston, señalando á Elena.)

Arrodillaos, ó pierdo á esa muger.

ELENA. (Aparte á Gaston.)

Sálvame!

(Gaston se arrodilla.)

VÍCTOR.

El culpable pide perdon al ofendido.

BERNARD.

Bien, Víctor: lo que has hecho es justo y leal.

VÍCTOR.

Ya lo sé.

GASTON. (Aparte á Víctor.)

Pagué mi deuda á vuestro padre.

VÍCTOR. (Aparte á Gaston.)

Mañana os pagaré yo la mia.

(Víctor le dá el brazo á su padre, y todos se dirigen á la puerta del fondo.— Cae el telon.)

ACTO TERCERO.

EL DESAFÍO.

Otra sala de la casa del general. Puerta en el fondo y laterales. Ventana á la derecha. Mesa con reloj. Una bandeja con vasos y una botella de agua en un velador; dos bujías casi consumidas arden en el mismo. Un sillon, sillas, etc. Empieza á amanecer.

ESCENA PRIMERA.

ELENA, sola, sentada junto á la ventana.

María no vuelve... (Mirando al reloj.) Tres horas de espera! tres horas de agonía! Oh! Gaston no se batirá: tendrá piedad de mí... Esa carta, que le he enviado con María, esa carta, bañada con mis lágrimas, la he escrito de rodillas, y estaba loca de dolor al escribirla... sí, loca... (Llorando.) Oh! la vida de Gaston es mi vida! Por impedir ese duelo todo lo he olvidado: por su honor ofendido le doy el mio.... Sí, partiré, si lo exige... El desprecio del mundo, la miseria, los remordimientos, todo lo acepto; pero que viva... Dios mio, que viva!... (Escuchando.) Han cerrado la puerta de la calle. Si tampoco ahora será María quien entra? Qué noche, qué noche he pasado!... No, esta vez no me engaño... voy subir por la escalera escusada... Es ella... por fin es ella!

ESCENA II.

ELENA.—LUISA.

ELENA. (Yendo al encuentro de Luisa, que sale por el fondo.)

Una palabra, María, una palabra que me tranquilice ó que me mate. Se batirá?

LUISA. (Con gozo.)

No señora.

ELENA.

Ah! vivirá!

LUISA.

Sí, vivirá Mr. Víctor.

ELENA.

Víctor! (Conteniéndose.) Gracias á Dios!... Pero, qué os ha dicho Mr. de Montclar? Le habeis visto?... le habeis hablado?... ha leido mi carta?

LUISA.

Al dármela, me dijísteis: esta carta impedirá el duelo, y si llega á manos de mi primo, no hay que temer por Víctor. Partí al punto; pero no haciendo más que un mes que estoy en París, casi me es desconocido, y me he perdido varias veces en las calles, antes de acertar con la casa del que iba á buscar; por fin, llegué á ella muerta de cansancio, cuando ya apuntaba el dia, y no sin vencer obstáculos penetré hasta Mr. de Montclar y le entregué la carta. Al leerla se puso pálido, respiraba con dificultad y le temblaban las manos; por fin se levanta y se me acerca, diciéndome: no puedo escribir á mi prima en este momento; pero que se tranquilice: Mr. Víctor no corre peligro ninguno.—Conque no os batireis? esclamé yo.—Haré lo que desea vuestra ama, me contestó.—Tan gozosa estaba con la noticia que iba á traeros, que cubrí de besos y lágrimas las manos de aquel jóven. Me puse en seguida en camino para volver, y aunque ni oia ni veia, como si una mano invisible me hubiese guiado, he venido derechamente y sin tropiezo hasta casa... Oh! es que Dios, despues de haberos inspirado para que escribiéseis la carta, me ha conducido á mí.

ELENA.

María, no olvidaré el celo que habeis desplegado por servirme. Sé que sois viuda de un antiguo compañero de Mr. de Saint-André, y que fiel á lo pasado, amais al general y á su hijo; pero como ambos deben ignorar lo que hoy habeis hecho por ellos, yo seré quien me encargue de recompensaros.

LUISA. (Apagando las bugias.)

Ya es de dia claro. No os acostais y descansais algo?

ELENA.

Descansar!

LUISA.

El señor conde, que ya sabeis madruga mucho, atraviesa casi todos los dias esta sala para bajar al jardin...

ELENA.

Es verdad; y no quiero que sepa... Me voy á mi cuarto. (Aparte.) Oh! Ahora me da miedo lo que he hecho! (Váse por la puerta de la izquierda.)

ESCENA III.

LUISA, sola.—Despues VÍCTOR.—MARCIAL.

Todo lo sé, todo lo he comprendido. Bernard, tu noble esposa ultraja tu honor: á casa de su amante me ha enviado anoche, ante él me he humillado; pero qué importa, si he salvado á nuestro hijo?..

(Víctor sale por la derecha, y Marcial por el fondo; ambos llegan apresuradamente.)

VÍCTOR. (A Marcial.)

Y Mr. de Montclar?

MARCIAL. (Señalando á Luisa.)

No estamos solos.

LUISA. (Volviéndose al ruido.)

Ya levantado, señorito?.. (Con inquietud.) Vais á salir?

VÍCTOR.

No, María: la impaciencia no me ha dejado dormir, porque espero á Mr. de Bussieres, y...

LUISA. (Sonriéndose.)

Ah! sí... comprendo.

MARCIAL. (Aparte á Víctor.)

Es preciso que os hable á solas.

VÍCTOR.

María, me he dejado el reloj en la mesa de mi cuarto. Quereis ir por él?

LUISA.

Con mucho gusto. (Mirando á Víctor, y aparte á Marcial.) Hay alguna novedad?

MARCIAL. (Aparte á Luisa.)

Ninguna... absolutamente ninguna.

VICTOR.

No vais, María?

LUISA.

Al momento, señorito. (Aparte.) Si es á Mr. de Montclar á quien espera, no le verá. (Vase por la derecha.)

ESCENA IV.

VÍCTOR.—MARCIAL.

MARCIAL. (Aparte.)

Pobre Luisa! encontrar á su hijo cuando tal vez!.. Oh! no: Dios no seria justo.

VÍCTOR.

Con que habeis visto á Mr. de Montclar?

MARCIAL.

Acabo de separarme de él. Al decirle que os poníais á su disposicion, dudó un momento, y luego me dirigió estas breves palabras: en la puerta Maillot, á las ocho, con espadas. Le saludé, volvíle la espalda, y aquí estoy. (Suspira.)

VÍCTOR. (Aparte.)

Te vengaré, padre mio! (A Marcial, dándole la mano.) Gracias... Qué teneis?.. Vuestra mano tiembla.

MARCIAL.

Ah! es que acabo de hacer una cosa... Voto vá!.. hubiera preferido ponerme á la boca de un cañon...

VÍCTOR.

He debido contaros lo que sucede, pues sois antiguo compañero de mi padre, y sé que os interesa su honor tanto como el

vuestro mismo. No exclamásteis al oir mi relato, que era preciso matar á ese hombre?

MARCIAL.

Sí tal, pero contaba con hacer esa operacion por mí mismo, y aseguro que no hubiera estado mal confeccionada.

VÍCTOR.

Os olvidais de que mi mano sabe manejar un arma? Os olvidais de que una ofensa á mi padre me ofende á mí, y que un ultraje pide la sangre del ofensor ó la del ofendido?

MARCIAL.

No digais eso... no me digais que el tal barbilindo puede tocaros ni aun al pelo de la ropa voto, va al diablo!.. Sabeis la idea que se me ocurrió al verme en presencia de ese nene?.. La de darle de bofetadas delante de sus criados; y si se hubiese negado á batirse con un plebeyo, como nos llama, con un brazo, con uno solo, le tiro por el balcon... La idea no era mala, y todavía me queda más tiempo del que necesito para...

VÍCTOR.

Quereis que digan en el mundo, Marcial, que el general Saint-André ha sido todo un valiente; pero que su hijo es un cobarde?

MARCIAL.

No, por cierto, no quiero que se diga eso.

VÍCTOR.

Pues contentaos entonces con ser mi padrino, é id á esperarme con floretes en el jardin. Saldrémos por la puertecilla, cuya llave teneis.

MARCIAL. (Yéndose.)

Está bien. (Volviendo.) No ireis á estrechar la mano de vuestro padre antes de salir? Si el pobre supiese!...

VÍCTOR.

Le he visto ya, y aunque tan temprano, le encontré en conferencia con su agente de negocios, de lo que me alegré, porque en presencia de Mr. Dabrin no ha podido hacerme preguntas, á que me hubiese sido difícil contestar. Me he despedido de él sin que notara que los sollozos embargaban mi voz. Sí, Marcial, al ver por última vez quizás su noble y bello rostro, confieso que he llorado... (Enternecido.) Amo tanto á mi padre!...

MARCIAL.

Alguien viene.

VÍCTOR.

Será María.

MARCIAL.

Pues reponeos... Si sospechase algo, la pobre pasaria muy mal rato.

VÍCTOR.

Sé que estiende á mí el afecto que le profesa á mi padre; pero nada sabrá.

MARCIAL.

Os dejo con ella, mientras voy á quitar los botones y aguzar las puntas de los floretes. (Yéndose.) (Sea como quiera, ello es que mi idea era buena.) (Vase por el fondo.)

ESCENA V.

VÍCTOR.—LUISA.

LUISA. (Saliendo.)

Aquí teneis el reloj, señorito. (Se lo entrega.)

VÍCTOR.

Gracias, María, y gracias por lo que me habeis cuidado desde que estais en casa. Quisiera recompensároslo...

LUISA.

Qué decís!

VÍCTOR.

Y hoy mismo.

LUISA. (Sorprendida.)

Hoy!

VÍCTOR.

Sí, porque es posible que no os vuelva á ver.

LUISA. (Asustada.)

Dios mio!

VÍCTOR.

He sido nombrado para una comision lejana por el gobierno, y espero la órden para marchar de un momento á otro.

LUISA. (Aparte.)

Respiro. (Alto.) Y vuestra prometida?

VÍCTOR.

Ser útil á su patria no es hacerse más digno de la que se ama?.. Sin embargo, no sin pena nos separamos de los que nos son queridos... Mi padre, á quien no habeis podido ocultar mucho tiempo vuestra venida á esta casa, me decia hace poco: ama y respeta á María, que no es una criada, sinó una amiga, una amiga verdadera. Ya yo lo sabia, porque la semana pasada, cuando una violenta calentura me obligó á guardar cama, concluido que hubísteis vuestra obligacion con la Condesa, os fuísteis á sentar á mi cabecera, y aunque me oponia, pasásteis la noche entera velándome, como la hubiera podido hacer mi propia madre, si el cielo hubiese querido conservármela. En algunos momentos se abrian mis ojos, y os veía de rodillas, pidiendo sin duda á Dios que me devolviese la salud, ó contemplando este retrato mio, sacado durante mi infancia, (Lo enseña.) que mi padre llevaba siempre consigo, y que me entregó cuando ya no podia verle.

LUISA.

Es cierto. Ese retrato me recordaba á otro niño.

VÍCTOR.

Vuestro?

LUISA.

Sí, y que he perdido...

VÍCTOR.

Ha muerto?

LUISA.

No, á Dios gracias: vive, y es tan hermoso... tan bueno.. pero está lejos, muy lejos, y quizás nunca me le devuelvan. Tiene vuestra edad, y se os parece: así es que cuando miraba vuestra imágen, creia verle en su infancia, en aquel tiempo en que le tenia en mis brazos; cuando os velaba, me parecia tenerle á mi lado, y cuando rezaba por vos, se me figuraba que lo hacia por él.

VÍCTOR.

No puedo devolveros á ese hijo, que debe amar á su madre como yo hubiese amado á la mia; pero sí me es posible contribuir á la ilusion de vuestra ternura. Tomad este medallon. (Se lo entrega.) que os recuerda á vuestro hijo; y al pensar en él, puede que tambien penseis alguna vez en Víctor.

LUISA. (Ahogando el llanto.)

Oh! si... siempre, siempre..

VÍCTOR.

Oigo ruido en el cuarto de la Condesa; tal vez vendrá aquí, y no quiero hablarle ahora. Quedaos con Dios, María.

LUISA.

A dónde vais?

VÍCTOR.

A esperar en el jardin á Mr. de Bussieres, ó la órden del ministro. María, si parto, durante mi ausencia no os separeis de mi padre. (Sale apresuradamente.)

ESCENA VI.

LUISA.—Despues ELENA.

Ausentarse Víctor, Dios mio!... Sin embargo, debo alegrarme de su partida; porque si lo que hoy se ha evitado sucediese otro dia... Bernard, seré más dichosa que tú, pues podré verle sin cesar. (Mira al medallon.)

ELENA. (Aparte, y saliendo con una carta y un cofrecillo en la mano.)

Esto es hecho: debo cumplir lo que le he ofrecido á Gaston. Dentro de una hora habré dejado esta casa, para no volver á ella. Le he escrito á mi padre y al general; pero cuando reciban las cartas, ya estaremos al abrigo de toda persecucion. (Viendo á Luisa.) María!

LUISA. (Ocultando el medallon.)

Señora.

ELENA. (Aparte.)

Creo que puedo fiarme de esta muger. (Alto.) Hace tres dias que estuvísteis conmigo en casa de Bapst, mi diamantista.

LUISA.

Sí señora.

ELENA.

Sabreis volver sola?

LUISA.

Sin duda.

ELENA.

Oid. Un motivo grave... muy grave, me obliga á vender mis alhajas.

LUISA.

Jesus, señora!

ELENA.

No puedo pasar por otro punto; y previendo lo que hoy sucede, le pregunté á Bapst hace algun tiempo que en cuánto estimaba la pedrería que encierra este cofrecillo. Para mí, me contestó, vale cincuenta mil francos, y cuando querais, podeis contar con ellos. Tomad esto, María, corred á casa del diamantista, dadle tambíen esta carta, y recibid la suma que os entregue; pero no hableis con nadie de semejante cosa, y á mí, solo á mí habeis de dar el dinero. Id, id pronto. (Luisa duda en obedecer.) Id, que os lo mando.

(Mientras Elena ha hablado, el general salió sin ser sentido; se ha detenido, ha escuchado, y Luisa se lo encuentra al paso cuando va á irse.)

ESCENA VII.

DICHAS.—BERNARD.

BERNARD.

María!

ELENA. (Aparte.)

Mi marido!

LUISA. (Aparte.)

Bernard!

BERNARD.

María, llevad ese cofrecillo al cuarto de la Condesa. Llevadlo, llevadlo. (Luisa se va por la izquierda.)

ESCENA VIII.

BERNARD.—ELENA.

BERNARD.

A dónde enviábais á María!

ELENA. (Aparte.)

Si me habrá oido?

BERNARD.

Conque quieres vender tus alhajas?

ELENA.

Yo...

BERNARD.

Todo lo sé.

ELENA. (Tapándose la cara con las manos.)

Ah!

BERNARD.

Te darian sesenta mil francos á lo más por todas, y eso no es bastante.

ELENA. (Aparte.)

Qué quiere decir?

BERNARD.

Son doscientos mil francos los que necesita tu padre.

ELENA. (Aparte.)

Mi padre!

BERNARD.

Creia que, segun lo que habiamos convenido, nada te habria dicho Mr. de Beauferrand. Por lo que hace á mí, para ahorrarte todo disgusto, no quise hablarte de la visita que me hizo anoche, exclamando entre sollozos al verme: estoy perdido!

ELENA. (Aparte.)

Perdido!

BERNARD.

He arriesgado más de lo que poseia, añadió, y un juego de bolsa, imprevisto para mí, como para todos, me hace deudor de una cantidad, que no puedo pagar de manera alguna. Sé que esta deuda no es exigible, porque nada la contasta, nada he escrito, nada he firmado; pero se han fiado en mi palabra, y no pagar es deshonrarme. Por primera vez le he dado gracias á Dios por haberme privado de la luz, porque no he visto sonrojarse á tu padre al hablarme así. Vuestra deuda será pagada, le dije, abrazándole, pagada por entero; y hace una hora, merced á la eficacia de mi agente de negocios, el marqués de Beauferrand ha salido de su compromiso. Para ello he tenido que perder algunos de mis bienes; mas todos los hubiera dado sin vacilar, á ser preciso; porque el honor de tu padre es el tuyo, Elena, y debo sostenerle ileso, como ileso sostienes el mio.

ELENA. (Cayendo de rodillas.)

Oh! desgraciada! desgraciada de mí!

BERNARD.

No llores, Elena, y sobre todo no me des gracias, porque qué es lo que yo he hecho?... Solo te sacrifico un poco de oro, hija mia, y tú has sacrificado por mí tus ensueños de dicha futura. Angel de dulzura y de paciencia, guia piadosamente mis últimos pasos, y cuando baje á la tumba, llevaré á ella mi honor puro é intacto, cual te lo he confiado. No es verdad, hija mia?

ELENA. (Sollozando.)

Oh! sí, sí: os lo juro.

BERNARD.

Para qué juramentos?.. Hay necesidad de ellos entre nosotros? (La levanta.) Apruebas lo que he hecho... (La besa en la frente.) Ya estoy pagado.

ELENA. (Aparte.)

Qué iba a hacer, Dios mio! qué iba á hacer!..

BERNARD.

Este desagradable asunto me ha ocupado toda la noche, y unido esto á lo que me hizo padecer el extemporáneo insulto de Víctor á Mr. de Montclar, me tiene desazonado... (Se sienta en el sillon.) Pero ahora, que todo se arregló, si pudiese dormir una hora, creo que me despertaria mejor. (Saca un pomito del bolsillo.) Elena, échame unas gotas de ópio en un vaso de agua.

ELENA.

El abuso de este narcótico es peligroso.

BERNARD.

El abuso daria la muerte, pero el uso dá sueño.

(Elena hace lo que la ha dicho el general.)

ESCENA IX.

DICHOS.—LUISA.

LUISA. (Saliendo con una carta.)

Esta carta para vos, señora. (Se la dá.)

BERNARD.

Pues léela, que María me servirá.

ELENA. (Mirando el sobre de la carta, y aparte.)

Es de él!

LUISA. (Aparte á Bernard, presentándole el vaso.)

Soy muy dichosa.

BERNARD. (Aparte á Luisa, despues de beber.)

Por qué?

ELENA. (Aparte.)

Me devuelve mis cartas!

LUISA. (Lo mismo.)

Víctor me ha dado su retrato.

BERNARD. (Lo mismo.)

Calla, Luisa: me has prometido ser prudente.

LUISA. (Lo mismo.)

Y lo seré.

BERNARD.

Quién te escribe, Elena? Tu padre?

ELENA.

Sí... mi padre.

BERNARD. (Soñoliento.)

Será para decirte que ya está tranquilo... Pero el ópio hace su efecto... Reparémos la mala noche que he pasado. (Se duerme.)

ELENA. (Leyendo aparte.)

«Querida Elena: deseaba merecer el supremo favor que ofreces á nuestro amor; pero Víctor me ha enviado un mensage, al que solo con mi espada puedo responder...» Dios mio!.. «No olvidaré que mi adversario es hijo del Conde de Saint-André: es decir que no haré más que defenderme. Te envio todas tus cartas, para que sí sucumbo, no haya nada despues de mi muerte, que pueda comprometer á la que tanto he amado.» Oh!.. (Se deja caer llorando en una silla.)

LUISA. (Acercándose á ella.)

Qué teneis, señora?

ELENA.

Dónde está Víctor, María?

LUISA.

Acaba de salir. Ha ido á casa de Mr. de Bussieres.

ELENA. (Aparte.)

No hay duda... Y Gaston solo quiere defenderse!... le matará Víctor!

LUCIA.

Por qué me preguntais por Mr. Víctor?

ELENA.

Os ha engañado, María: para batirse ha salido.

LUISA. (Aterrada.)

Para batirse!

ELENA. (Señalando á Bernard.)

Más bajo... más bajo...

LUISA.

Estais segura de eso, señora?

ELENA.

Mi primo ha sido provocado por él, y no ha podido negarse al desafio. Así me lo escribe. Pero aun no he acabado de leer su carta. (Lee.) «Si la suerte de las armas me es favorable, te instruiré de ello enviándote el abanico que te dejaste olvidado en palacio, y que yo debia llevarte.»

LUISA.

Es preciso impedir que se batan, señora; es preciso correr al sitio del desafío é interponerse entre los combatientes.

ELENA.

Sí, sí.

LUISA.

Os acompañaré: no es verdad?

ELENA.

Voy á enviar por un coche de alquiler, y sabré en dónde deben batirse. Dentro de poco pasaré por esta sala, y os haré una seña para que me sigais; entre tanto quedaos con el General, á fin de que si dispierta antes de que salgamos, no sospeche nada.

LUISA.

Salvando á Víctor, le salvareis á él tambien, porque no podria sobrevivir á su hijo. Daos prisa, señora, daos prisa.

ELENA.

Vuelvo al punto. (Váse por la izquierda.)

ESCENA X.

LUISA.—BERNARD.

LUISA.

Ha ido á batirse!... tal vez no le veré más con vida!... Oh! no, no, no lo querrá Dios!.. Cuando hace poco me hablaba aqui,

cuando se despedia de mí, cuando me daba su retrato, me estaba indicando lo que iba á hacer, y no lo he comprendido!... Mi corazon no es de madre, pues no ha sabido adivinar el peligro de un hijo!

BERNARD. (Despertando.)

María!... Elena!...

LUISA. (Reponiéndose.)

Ah!

BERNARD.

No estais ahí?

LUISA.

Sí, sí.

BERNARD.

Dadme el vaso... Pero no... no le quiero... no quiero dormir más, pues en los pocos minutos que lo he hecho, he padecido. Sentia aquí, en el corazon, como la punta de una espada, y aun ahora me parece que estoy cubierto de sangre.

LUISA. (Aparte.)

De sangre!... Será un presentimiento?... Cuánto tarda en venir esa muger!

BERNARD.

No está aquí la Condesa?

LUISA. (Aparte y sin responder.)

Qué hará?

BERNARD.

A dónde ha ido?

(Ruido de un carruage.)

LUISA. (Corriendo á la ventana y aparte.)

Se vá!... se vá sin mí!...

BERNARD.

Qué carruage es ese?

LUISA. (Aparte y llorando.)

Llegará tarde!... demasiado tarde!...

BERNARD. (Levantándose y tomándole la mano.)

Te oigo llorar, Luisa... tu mano tiembla y está helada... Algo pasa aquí de extraordinario... algo se me oculta... Quiero saberlo, Luisa.

LUISA.

No me preguntes... no me detengas, Bernard... déjame salvarle, si es tiempo aun.

(Sale un criado y deja un abanico sobre el velador.)

CRIADO.

Han traido esto para la señora Condesa de parte de Mr. Gaston de Montclar. (Vase.)

LUISA. (Fijando la vista en el abanico.)

Ah! la señal! la fatal señal!... Hijo de mi vida!

BERNARD.

En dónde está?... qué le sucede?...

LUISA.

Te engañan... nos engañan... se batia hoy... una señal debia anunciar el triunfo de su adversario, Mr. de Montclar...

BERNARD.

Y qué?

LUISA.

La señal está aquí! Montclar ha vencido! ha muerto á nuestro hijo! (Cae de rodillas.)

BERNARD.

Has perdido el juicio!

LUISA.

Es verdad: estoy loca, cuando he tenido aquí á mi hijo, y le he dejado ir á que me le maten!

BERNARD.

A que te le maten!... Luisa, condúceme...

LUISA. (Levantándose.)

A dónde?

BERNARD.

A casa de Montclar.

LUISA.

Qué quieres hacer?

BERNARD.

Vengarnos!

LUISA.

Tú, Bernard!

BERNARD.

Soy viejo, estoy ciego, y no puedo darle á mi hijo más que lágrimas: no es verdad?... Pues no! tendrá sangre!... No nece-

sito de la luz del dia para herir al asesino de Víctor... nos pondrán frente á frente, armados de pistolas, cuyas bocas se apoyen en nuestros pechos, teniendo á Dios por juez y por testigo... Llévame... te lo mando! No comprendes que si no puedo matar á ese hombre, me mataré á mí mismo?... (Escuchando.) Suben... quizás sea él!... Mis armas! mis armas!...

(La puerta del fondo se abre con violencia, y Víctor corre á su padre con el brazo en cabestrillo, siguiéndole Marcial.)

ESCENA XI.

LUISA.—BERNARD.—VÍCTOR.—MARCIAL.

VÍCTOR.

Padre mio!

LUISA. (Con delirio.)

Ah! Víctor!

BERNARD.

Mi hijo!

LUISA.

Herido!

VÍCTOR.

No es nada, padre: un cañonazo.

BERNARD.

(Cayendo en el sillon y abrazando á Víctor, que se arrodilla delante de él.)

Vive! vive!

MARCIAL.

Si hubiese muerto, no estaria yo aquí.

(Cae el telon.)

ACTO CUARTO.

EL VELO Y LA CARTA.

Sala baja. Puertas y ventanas en el fondo, que dan al jardin; otras dos puertas á la izquierda, y una á la derecha en segundo término. Chimenea en primer término á la derecha, en cuya piedra hay varios vasos y botellas, una de ellas con agua. Velador, sillas, mesa con recado de escribir, cordon de campanilla, etc.

ESCENA PRIMERA.

BERNARD solo y de pie delante de la chimenea, con los codos apoyados en ella y la cabeza en las manos.

No hay duda: Víctor me habia engañado... su reconciliacion era una astucia... y esa provocacion necia, absurda, probablemente lo seria tambien... Entonces por qué se han batido?.. Por rivalidad?.. No: Mr. de Montclar no conoce á Clotilde de Bussieres... Oh! averiguaré la causa de ese desafio. La duda no es para los demas hombres sinó un motivo de inquietud; pero para mí, que nada puedo ver, que no puedo leer en las fisonomias, es un suplicio... Luisa no ha querido hablar... y tal vez no sepa nada... pero Marcial, que ha sido el padrino de Víctor, debe estar instruido de todo... y todo me lo dirá. (Llama, y Marcial sale por la derecha.) En dónde está Marcial? Que venga al instante.

ESCENA II.

BERNARD.—MARCIAL.

MARCIAL.

Presente, mi general.

BERNARD.

Vienes del cuarto de mi hijo?

MARCIAL.

Sí, mi general.

BERNARD.

Su herida?..

MARCIAL.

No es nada, no ofrece cuidado.

BERNARD.

Por qué se ha batido?

MARCIAL. (Aparte)

Aquí está el intríngulis!.. He jurado no hablar, y no hablaré.

BERNARD.

Contesta.

MARCIAL.

Que por qué se ha batido?.. Lo sabeis tan bien como yo... Esa provocacion de anoche...

BERNARD.

Mientes!

MARCIAL.

No es política la palabreja... pero sois superior mio en graduacion y en edad... Basta.

BERNARD.

Nunca creeré que tú, que has sido militar, que eres inteligente en asuntos de honor, hayas consentido en servir de padrico para un lance tan mal motivado. No: no habrias dejado que mi hijo expusiese la vida por una simpleza.

MARCIAL. (Aparte.)

Qué bien me conoce!

BERNARD.

No es, pues, por lo ocurrido anoche por lo que se han batido.

MARCIAL.

Si á vos, mi General, os parece que no hay causa suficiente... he opinado de diverso modo, y si vuestro hijo no se hubiese uesto frente al tal mequetrefe, seria yo el que lo hubiese hecho.

BERNARD. (Admirado.)

Tú!

MARCIAL.

Quedando uno de los dos en el sitio... (Aparte.) Y tengo la va-lad de creer que habria sido el otro.

BERNARD.

Es decir que sientes el que el lance no haya tenido un resul-lo funesto. Y sabes que si mi hijo hubiese sucumbido, te ha-a pedido á tí cuenta de su muerte?

MARCIAL.

A mí?

BERNARD.

A tí, que habias permitido que un niño expusiese su vida y la su padre por una causa fútil. Marcial, si ese desafío no ha te-o otro fundamento, si no te justificas, contándome la verdad, liré que eres un insensato.

MARCIAL.

uedo serlo.

BERNARD. (Animándose.)

n miserable...

MARCIAL. (Conteniéndose.)

h?

BERNARD. (Estallando.)

n cobarde!

MARCIAL. (Sin poder contenerse.)

oto va!.. Si lo tomas así, Bernard...

BERNARD.

ué?

MARCIAL.

probaré que entiendo tanto como tú en achaques de ho-.. y ya que me obligas á ello, sabe...

BERNARD. (Aparte.)

r fin!

MARCIAL. (Aparte.)

mi juramento?...

BERNARD.

Qué he de saber?

MARCIAL. (Que ha conseguido dominarse.)

Que el general Bernard, que es todo un valiente, no pued consentir en su casa á un cobarde, y que por lo tanto desfil con armas y bagajes. Quedad con Dios, general. (Dá algunos pasos

BERNARD.

Marcial!

MARCIAL. (Deteniéndose.)

Qué ocurre?

BERNARD. (Aparte.)

Nada sabré por este medio. (Alto.) Marcial, te prohibo el irte.

MARCIAL.

Ya no tengo que obedecer vuestras órdenes.

BERNARD.

Ven acá.

MARCIAL.

Iré, si quiero.

BERNARD.

Lo quiero yo.

MARCIAL.

Y yo tambien, que á no ser por eso...

BERNARD.

Acerca una botella de ron y dos vasos.

MARCIAL.

Vais á beber con dos manos? (Pone sobre el velador lo que le ha pedi el general.)

BERNARD. (Sentándose.)

Acerca una silla.

MARCIAL. (Acercándola.)

Ya está.

BERNARD.

Siéntate.

MARCIAL. (Haciéndolo.)

Me siento.

BERNARD.

Te he hablado con un poco de dureza...

MARCIAL.

Con un poco, eh?.. Si otro que vos hubiese sido!..

BERNARD.

Pues bien, mala cabeza, el sargento Bernard te pide perdon. (Le alarga la mano.)

MARCIAL. (Tomándosela.)

Oh! mi general!..

BERNATD.

Y á más ruego que bebas conmigo, como lo hacíamos en nuestros buenos tiempos. Ya sabes que entonces paraban en eso todas nuestras contiendas. Vamos, llena los vasos.

MARCIAL. (Aparte.)

Cree que el ron me va á desatar la lengua.

BERNARD.

Llena los vasos, digo. Me guardas rencor?

MARCIAL.

No, por cierto. (Aparte.) Ya que no vé... (Toma la botella del agua en la chimenea, y echa ron en el vaso del general y agua en el suyo.) El agua no emborracha.

BERNARD.

Bebamos.

MARCIAL.

Bebamos.

(Marcial bebe, y el general figura hacerlo; pero derrama el líquido, y lo mismo repite siempre que le toca beber.)

BERNARD.

Este ron vale algo más que el que nos daban en la cantina.

MARCIAL.

Ya lo creo!.. (Aparte.) Puaf!.. qué cosa tan insípida es el agua!

BERNARD.

Otro trago.

MARCIAL. (Llenando el vaso de Bernard.)

Aunque sean ciento.

BERNARD.

No te olvides de tí.

MARCIAL. (Echándose medio vaso de agua.)

Pues no faltaba más!.. (No puedo sufrir el agua sola... la mezclaré con ron... mitad y mitad.) (Hace lo que dice, y bebe.) (Todavía empalaga bastante.)

BERNARD.

Se me figura que estamos ahora vivaqueando.

MARCIAL.

Os acordais de las vísperas de Austerlitz?

BERNARD.

Sí, sí: acababa de ser ascendido á cmandante. (Tomando la botella.) Tu vaso.

MARCIAL.

Es que...

BERNARD.

Todavía tengo la mano segura. (Le echa de beber.)

MARCIAL.

Basta, mi general... basta... (Aparte.) Lo ha llenado hasta los bordes, y no queda lugar para el agua. Lo desocuparé un poco. (Agota el vaso de un trago.) Pues cayó todo!.. No sé cómo ha sido.

BERNARD.

Otro, otro sin descanso.

MARCIAL.

Tengo ya bastante... (Aparte, tomando la botella del agua.) Mezclemos, mezclemos mucha agua... (El general le vuelve á llenar el vaso.) Ya no puede ser: lo llenó.

BERNARD.

Has bebido?

MARCIAL.

Voy á hacerlo. (Aparte.) Completemos el sacrificio. (Bebe.)

BERNARD.

Marcial...

MARCIAL. (Quitándole la botella.)

No bebamos más, mi general, que vamos á achisparnos.

BERNARD.

Pues hablemos.

MARCIAL. (Aparte.)

Centinela, alerta!

BERNARD.

Dime, Marcial: cómo se ha portado Víctor sobre el terreno?

MARCIAL.

Me ha dejado contentísimo, y á no ser por unas yerbas, en las que se le escurrió un pie, cayendo al suelo, envia al tal Montclar á donde merece ir. (Se echa de beber distraidamente.)

BERNARD.

Pues qué ha hecho ese pobre muchacho para que tán mal le quieras?

MARCIAL.

Qué ha hecho? qué ha hecho?... No quiero pensar en ello. (Bebe.)

BERNARD.

Pues yo tengo empeño en saberlo.

MARCIAL.

He prometido callar... Pero aquí hay quien sabe más que yo en el asunto.

BERNARD.

Quién?

MARCIAL. (Bebiendo otra vez.)

Lo que voy á deciros os admirará, mi general; pero me parece que desde ayer no quiero tanto al Emperador.

BERNARD.

Al Emperador?

MARCIAL.

Sí; porque él tiene la culpa de todo; y si vuestro hijo ha estado á punto de que le maten hoy, es por una falta que ha cometido ese grande hombre.

BERNARD. (Aparte.)

El ron le hace efecto.

MARCIAL.

Muy buenas cosas tiene hechas, como sabe todo el mundo... pero el haberos casado, no se lo perdonaré jamás... (Bebe.) No... jamás.

BERNARD.

Qué significa?...

MARCIAL.

Ha podido y debido preveer que cuando llegárais á los sesenta años, vuestra muger no tendria más que veinte y dos... ha podido y debido preveer que un marido no vé nunca lo bastante, y que vos no veríais nada en vuestra vida... Y qué ha sucedido?... Que otros han visto por vos: los ojos de vuestro hijo no han sido quemados por el fuego de un cañon... y despues de haber visto por su padre, se ha batido por él.

BERNARD. (Que ha estado escuchando, casi sin poderse contener.)

Ah! bien sabia yo que hablarias!

MARCIAL.

Eh?... Pues qué he dicho?

BERNARD.

Conque por mí ha expuesto mi hijo su vida?... Conque ha sido con el amante de la condesa de Saint-André con quien se ha batido Víctor?...

ESCENA III.

DICHOS.—VÍCTOR.

VÍCTOR. (Saliendo por la derecha.)

Me llamábais, padre?

BERNARD.

Víctor!... hijo mio! (Se descubre con respeto y se enjuga una lágrima.)

VÍCTOR. (Corriendo á él.)

Qué teneis?... llorais?...

MARCIAL. (Aparte al general.)

Motus!

BERNARD. (Abrazando á Víctor.)

Déjame abrazarte, mi adorado hijo... Cuando hemos estados expuestos á perder un tesoro, se nos hace más precioso, y el tesoro mio eres tú... y mi orgullo... y mi vida... Deja que sienta latir tu corazon sobre el mio... deja que mis débiles y trémulas manos estrechen la tuya, jóven y fuerte, que protege y que venga... Marcial me lo ha dicho todo.

MARCIAL. (Aparte.)

Patatrás!

VÍCTOR. (Con tono de reconvencion.)

Marcial!

BERNARD.

Me has engañado...

MARCIAL. (Aparte á Bernard.)

Mi general!...

BERNARD. (Aparte á Marcial.)

Es verdad. (Alto á Víctor.) Tu reconciliacion con Mr. de Montclar

no era sincora, y te entendiste con él para darle satisfaccion de otra especie. Sí: Marcial me lo ha contado.

MARCIAL. (Aparte á Bernard.)

Gracias, mi general, gracias!

VÍCTOR. (Aparte.)

Respiro! (Alto.) Os ha dicho la verdad, y os pido perdon por mi conducta.

BERNARD.

Que me pides perdon, tú, fiel guardian de nuestro honor?... Sí; porque por él te has batido... por él has derramado tu sangre...

MARCIAL.

Cuántas palabras por un arañazo!

VÍCTOR.

Con efecto: mi herida es tan ligera que he venido para daros el brazo, porque ya es la hora de vuestro paseo diario.

BERNARD.

No, hijo mio... gracias... hoy será Marcial mi acompañante.

MARCIAL.

Yo, mi general?... Es que tengo que cumplir con mi obligacion, y... (Mirando por una ventana.) Mirad... Salen caballos de la cuadra, y yo no les he pasado revista.

BERNARD (Aparte á Marcial y apretándole el brazo.)

No me lo has dicho todo, y todo lo quiero saber.

VÍCTOR. (Aparte mirando por la puerta del fondo.)

El coche de la Condesa preparado tan temprano!.. (Alto.) Ya que lo quereis así, padre, le cedo el puesto á Marcial. (Aparte á este.) Sé prudente.

MARCIAL. (Aparte.)

La recomendacion llega tarde.

BERNARD.

Vamos.

MARCIAL. (Aparte, dando el brazo al general y mirando á la botella del ron.)

Vacía!.. pues si casi todo lo que he bebido ha sido agua!.. (Vase con el general por el fondo.)

ESCENA IV.

VÍCTOR, luego el CAZADOR, y más tarde ELENA.

VÍCTOR. (Viendo alejarse al general.)

Pobre padre!.. Oh! juro que esa muger no le engañará más (Al cazador, que sale por el fondo y se dirije á la izquierda.) A quién buscas?

CAZADOR.

Voy á prevenirle á la señora Condesa que el coche está pronto.

VÍCTOR.

La señora va á salir antes de las siete de la mañana?

CAZADOR.

Sí señor.

VÍCTOR.

Por qué no te has puesto entonces la librea de lujo?

CAZADOR.

Como nunca la uso para ir á donde vamos...

VÍCTOR.

Bien. La señora ha pensado otra cosa, y ya no sale ahora.

(Elena sale por la segunda puerta de la izquierda, en traje de calle.)

CAZADOR.

Pues si está aquí.

VÍCTOR. (Despues de saludar á Elena.)

Repito que no sale la señora. Que desenganchen.

ELENA.

Esperad para hacerlo á que yo avise. Llamaré. Idos.

(Vase el cazador por el fondo.)

ESCENA V.

VÍCTOR.—ELENA.

ELENA.

Con qué derecho pretendeis estorbar mis acciones?.. No estoy en mi casa?.. mis criados han de obedecer órdenes contrarias á las mias, sobre todo en lo que me concierne?

VÍCTOR.

Conozco que he hecho mal, señora, en dar una órden á es

lacayo, que estoy seguro le hubiéseis dado vos á ruego mio.

ELENA.

Yo!

VÍCTOR.

Si la vida de mi padre peligrase, saldríais? saldríais si vuestra ausencia acrecentase su mal?

ELENA.

Sin duda que no; pero como veo al general pasearse por el jardin...

VÍCTOR.

Si el general supiese lo que yo sé, señora, si supiese á donde vais... creeis que lo mismo que su honor, no peligraria su vida?

ELENA.

No os comprendo.

VÍCTOR.

No me exijais una explicacion, señora, que dada con más claridad, nos haria sonrojarnos á los dos... no querais que falte al respeto que le debo á la condesa de Saint-André... Sabeis muy bien por lo que me he batido... (Movimiento de Elena.) Lo sabeis... pero mi padre lo ignora aun, y supongo que desearéis que lo ignore siempre. Oidme atentamente, señora. Herido por mi contrario, queria sin embargo continuar batiéndome, y si no lo he hecho, ha sido porque Gaston me ha dado su palabra de caballero de respetar en lo sucesivo el nombre que llevamos; porque me ha jurado no volver á veros. No le hagais faltar á su promesa, pues entonces le mataré, ó moriré á sus manos... y si la suerte de las armas me es fatal, no creais por eso en la impunidad: pues seguro yo de que el remordimiento no tiene entrada en el corazon vuestro, instruiria al noble anciano de vuestra conducta, y su indignacion le daria suficiente energia y fuerza para vengar la muerte de su hijo y el ultraje de su honor. Me habeis comprendido, y no ireis, por lo tanto, á casa de Mr. de Montclar. No es verdad, señora? (Llama.)

ELENA.

Qué haceis?

VÍCTOR.

Ese criado espera, y solo vuestras órdenes será las que obedezca: dádselas.

ELENA. (Quitándose el sombrero y cayendo despechada en un sillon.)

Ah! (Al cazador, que se presenta.) No salgo.

(El cazador se va.)

VÍCTOR. (Con respeto.)

Gracias, señora. Olvidad á Mr. de Montclar, y tal vez olvide yo tambien. (Saluda y se va por la derecha.)

ESCENA VI.

ELENA, sola.

Es demasiado insolencia!... (Se levanta.) Oh! no sufriré más ultrajes ni amenazas... A ese anciano, que ha salvado el honor de mi padre, iba á sacrificarle mi amor... sí: le habia pedido á Dios valor suficiente, y hoy por última vez pensaba ver á Gaston... pero obedecer á ese niño... sugetar mi voluntad á sus palabras... conformarme con ser espiada de contínuo... aceptar su tiranía... No! no, por cierto! (Con resolucion.) Una vez que no puedo arrojar de aquí á Víctor, yo seré la que salga de esta casa... Permanecer en ella me seria insoportable... imposible... Gaston me ha perdido: que Gaston me salve. (Se pone á escribir.)

ESCENA VII.

ELENA.—LUISA.

LUISA. (Saliendo por el fondo y hablando consigo misma.)

Qué ha pasado entre la Condesa y Víctor? Ella iba á salir, segun me ha dicho el cazador, el coche esperaba, y por órden de mi hijo han desenganchado los caballos... Tal vez iria á casa de Mr. de Montclar... (Viendo á Elena.) Pero está aquí, y escribe.

ELENA. (Cerrando una carta, sin ver á Luisa, y aparte.)

Pobre Gaston!.. Este viaje, esta fuga, va á ser causa de la pérdida de su carrera, de su porvenir... Si se negará?.. En ese caso no me quedaba otro recurso que morir... Pero no, no es posible... A quién confiaré esta carta?.. (Alto, viendo á Luisa.) Vos aquí, María?

LUISA.

Perdonad, señora; pero ando buscando por toda la casa el ve-

lo de encaje, que queríais poneros esta mañana, y que no se ha encontrado. En ninguna parte puedo hallarle.

ELENA.

Oid, María. Tengo pruebas de vuestro celo y reserva, y creo que puedo contar con vos. Tomad esta carta, y llevadla á su destino.

LUISA. (Aparte, despues de leer el sobre.)

Para él!

ELENA. (En tono confidencial.)

Si Mr. de Montclar ha salido, esperadle, por mucho que tarde; no os volvais sin respuesta, y á nadie la entregueis sinó á mí. Id, María, daos, prisa.

LUISA.

No me encargo de esta carta, señora.

ELENA. (Sorprendida.)

Hola!.. Habeis recibido ya instrucciones?.. Sabed, María, que solo de mí teneis que tomar órdenes, y habreis de obedecerlas, ó disponeos á dejar mi servicio. Devolvedme esa carta. (Luisa la rompe.) Qué haceis?

LUISA.

Romperla, para que nadie la lea.

ELENA.

Qué audacia!

LUISA.

Por causa de esta carta podrian batirse dos hombres, como se han batido ya, y no quiero que suceda eso.

ELENA.

Qué oigo!

LUISA.

Mi resistencia os admira y os confunde, cuando tàn obediente me mostré anoche; pero anoche me dijísteis: corred á casa de Mr. de Montclar, y corrí á ella porque peligraba la vida de Monsieur Victor.

ELENA.

Y hoy?

LUISA.

Hoy es diferente... hoy... Señora, os diré la verdad, y os la diré desnuda. Lo que haceis no está bien: abusar de la credulidad de un anciano, es indigno... abusar de la credulidad de un

anciano ciego, es infame. Tal vez para vos no es más que un pecado venial el engañar á un marido; pero para mí es un crímen, y por lo tanto no seré vuestra cómplice.

ELENA. (Con cólera reconcentrada.)

María!

LUISA. (Con fuerza.)

No, no quiero que un escándalo mate á vuestro esposo; no quiero que vuestro amante mate á Víctor.

ELENA.

Insolente!

LUISA.

Os conozco: leo en vuestro corazon como en un libro abierto. Todo se lo sacrificareis á ese Gaston, todo; pero entre él y vos me encontrareis á mí en lo sucesivo: seré vigilante infatigable y espiaré hasta vuestros movimientos, hasta vuestras miradas; porque una mirada, un movimiento, podrian traer aquí la deshonra y la muerte. En todas partes me hallareis, y siempre será para deciros: condesa de Saint-André, acordaos de vuestro marido! condesa de Saint-André, Dios os mira y os juzga!

ELENA.

Salid! .. Salid de mi casa!

LUISA.

No!

ELENA.

Salid, ó llamaré para que os echen de ella!

LUISA.

No lo hareis, porque á vuestras voces acudiria vuestro esposo, querria saber la causa de mi expulsion... y qué le diriais?... qué le diria yo?... Oh! sé muy bien que no os atrevereis á llamar.

ELENA.

Oh! esto es un infierno!... Verme humillada por una criada, que habré de conservar por temor á un escándalo!... que habré de conservar, cuando me insulta!... (Como inspirada por una idea repentina.) cuando me roba!

LUISA.

Señora!

ELENA.

Sí: no habeis aparentado sorprender un pretendido secreto,

sinó para haceros pagar vuestro silencio, y no habeis esperado á que esta paga se os dé, que la habeis arrebatado.

LUISA.

Yo!

ELENA.

En dónde está el velo de encaje?... Lo quiero, lo necesito ahora mismo.

LUISA.

Ya os he dicho, señora, que no parece en la casa.

ELENA.

Lo hallaré en vuestro cuarto. Dadme la llave.

LUISA. (Dándosela.)

Tomadla, señora, y así vuestra conciencia estuviese tan tranquila como la mia.

ELENA. (Aparte.)

Perderé á esta muger!

(Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA VIII.

LUISA.—Despues el CAZADOR.

Qué humillacion!... Mas por tí, Víctor mio, por tí soportaré la arrogancia de esa muger y arrastraré su odio; porque es preciso que me quede aquí, para defender tu vida y el honor de tu padre.

CAZADOR. (Saliendo por el fondo con una carta en la mano.)

Creí que estaba aquí el señorito.

LUISA.

Estará en su cuarto. Qué le quereis?

CAZADOR.

Darle esta carta, que ha dicho el portador que es urgente.

LUISA.

Sabeis de quién es?

CAZADOR.

No. La ha traido un mozo de cordel, á quien ya le habian pagado, y no he tenido tiempo de...

LUISA.

Será de Mr. Gaston de Montclar?

CAZADOR.

Es posible, porque el mozo, á quien conozco de vista, es de su barrio.

LUISA.

Dadme la carta, que yo se la llevaré al señorito.

CAZADOR.

Pues tomad... y gracias. (Vase.)

ESCENA IX.

LUISA sola.

Me he extremecido al tocar este papel... mi corazon late con violencia... Será un presentimiento, una advertencia del cielo?... Sí: esta carta debe ser de Montclar... y si escribe á Víctor, es para provocarle de nuevo... No conozco la letra de ese hombre... Si me atreviese... Depende tal vez la vida de mi hijo de que yo lea esta carta, soy madre, y dudo?... (Rompe el sobre.) Sabré lo que contiene. (Lee.) «Buena noticia: todo se ha arreglado, hermano, sí, hermano mio, pues ya puedo darte este nombre. Mis padres, vencidos por mi elocuencia y por las lágrimas de Clotilde, consienten en vuestra union, y tu madre, bien viva, ó bien haya muerto, no es ya un obstáculo para tu dicha...» Dios mio, qué he leido! «Se pasará por la irregularidad de tu nacimiento, en atencion á que, y gracias á mis gestiones con el ministro, hay seguridad de que autorizará al general para trasmitir á su hijo el título de Conde de Saint-André. Esta noche te verá tu amigo, tu hermano Edgardo.» (Representa.) Tu madre, viva ó muerta, no es ya un obstáculo para tu dicha. Así dice... Conque podré vivir para mi hijo y ver su felicidad?... Sois bueno, Dios mio, y me pagais en este momento todo lo que he sufrido. (Vuelve á fijar la vista en el papel.)

ESCENA X.

LUISA.—VÍCTOR.

VÍCTOR. (Saliendo por la derecha.)

Qué es eso, María, habeis tenido carta?... Es de vuestro hijo?

LUISA. (Turbada.)

No... no... Esta carta... no es para mí...

VÍCTOR.

Pues para quién?

LUISA.

Es... es... para vos.

VÍCTOR.

Para mí?... Y vos la estais leyendo?

LUISA.

La estoy leyendo, porque... porque podia ser de Mr. de Montclar.

VÍCTOR.

Pero aun en ese caso...

LUISA.

Si fuese de él, no os la daria.

VÍCTOR.

Habeis obrado ligeramente, María: solo mi padre tiene derecho para abrir mi correspondencia.

LUISA. (Conmovida.)

Y vuestra madre?

VÍCTOR.

Oh! si viviese...

LUISA.

Seria muy natural que velase por vos, y que cuando se figurase ver un arma dirigida contra su adorado hijo, la apartase, aunque fuese con peligro de herirse ella. No es verdad esto?... Pues lo que hubiera hecho vuestra madre lo he hecho yo.

VÍCTOR.

Sé que sois buena amiga, María; pero vos...

LUISA.

No soy vuestra madre... sin duda... ni podria serlo una pobre como yo, una criada... Sin embargo, la que el sargento Bernard llamó su esposa ante Dios, la que, confiada en su fé y en su honor le dió cuanto el amor de una muger puede dar... vuestra madre, en fin, no era más que una aldeana, á quien crió por caridad un sacerdote. Para seguir á Bernard se hizo vivandera, en una miserable tienda os dió la vida, y sobre sus espaldas os llevaba por los caminos... Tal era vuestra madre, Mr. Víctor, y si os fuese devuelta, quizás os avergonzariais de su presencia.

VÍCTOR.

Podeis creerlo?

LUISA.

No lo creo, no; porque vuestra madre era estimada y honrada por todos. Ella, que no podia batirse como un soldado, tenia su valor, ya que no su fuerza, é iba, sufriendo el fuego del enemigo, á buscar á los pobres heridos: así es que más de un valiente le debe la vida, y más de un noble corazon guarda su memoria. No, no os hubiérais avergonzado de vuestra madre. Herida por una bala, fué abandonada por muerta en el campo de batalla de Wimpfenn...

VÍCTOR.

Ah! en Wimpfenn murió?

LUISA.

Hasta allí se sabe de ella; porque la prueba de su muerte falta siempre.

VÍCTOR.

Cuánto tiempo la he esperado!... Hubiese amado tanto á mi madre!...

LUISA.

Aun cuando despues de veinte años de cautiverio y de penas hubiese venido al lado vuestro como he venido yo? aun cuando para entrar en esta casa, en donde es el ama la esposa legítima del conde de Saint-André, y para permanecer en ella, hubiera consentido en ser lo que soy, una criada?

VÍCTOR.

Qué quereis decir?

LUISA.

Vos tal madre, vos, tan noble, tan rico!... Y sin embargo, para venir hasta vos la pobre muger, habria tenido que caminar dia y noche; para quedarse junto á vos habria tenido que consentir en humillarse ante la que le habia arrebatado la mano y el corazon de Bernard, ahogando su natural orgullo y haciéndose la complaciente esclava de una rival.

VÍCTOR.

Dios mio!

LUISA.

Hubiera obrado así para ver de nuevo al hijo, que habia llorado durante veinte años, para estar á su lado sin que nadie sos-

pechase la verdad, siendo dichosa con su dicha, y sufriendo con sus sufrimientos. No, no os hubiérais avergonzado de esta muger, y aun cuando para todos no sea más que una criada, para tí, Víctor, para tí será siempre tu madre.

VÍCTOR. (Precipitándose en sus brazos.)

Madre mia!

LUISA.

He faltado á la promesa que le hice á Bernard; pero para callar necesitaba la virtud de un ángel, y no soy más que una muger... Sí, Víctor, sí: soy tu madre!

VÍCTOR.

Por eso os amaba tanto... Para encontraros, para recibir vuestras caricias lo hubiera sacrificado todo...

LUISA.

Hasta el amor de Clotilde de Bussieres?

VÍCTOR.

Os he encontrado, madre, y olvido al mundo entero.

LUISA.

Y tambien que tengo que darte una carta de tu amigo Edgardo?

VÍCTOR.

Ah! es de él?.. Qué me importa ahora?..

LUISA.

No adivinas que si te hablo de ella es porque te anuncia felicidad?

VÍCTOR.

Ah!

LUISA. (Dándole la carta.)

Toma y lee.

VÍCTOR. (Despues de recorrer el papel con la vista.)

Cielos!.. no hay ya obstáculo para mi casamiento con Clotilde!

LUISA.

Te habria dicho sin eso que soy tu madre?

VÍCTOR.

Pues quiero que todos lo sepan aquí, que todos os respeten y bendezcan.

LUISA.

No reflexionas que tu madre no puede permanecer ni un ins-

tante bajo el mismo techo que la condesa de Saint-André?.. Ya quieres que nos separen?.. Guardemos para nosotros nuestra íntima, nuestra santa felicidad... Para qué necesito yo de consideraciones y respeto? Lo que me es necesario para vivir y morir dichosa, es saber que me amas como yo te amo, y que cuando estemos solos me llames madre.

VICTOR.

No: no puedo permitir...

LUISA. (Mirando por la segunda puerta de la izquierda.)

La Condesa se acerca. Te suplico, Víctor, que hasta que lo consultemos con tu padre no pronuncies ni una palabra, que pueda hacer que se sospeche la verdad; y vete, vete ahora, porque tu turbacion, tu agitacion, nos venderian.

VICTOR.

Pues me lo exigís, esperaré á que veamos á mi padre; pero despues haré lo que debo. Hasta muy pronto, madre mia. Entro en la biblioteca, donde os espero... tengo tantas cosas que deciros!... (Le besa la mano y se va por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA XI.

LUISA.—ELENA.

ELENA. (Saliendo.)

Aquí todavía!... Vuestra audacia es increible!...

LUISA.

Ahora más que antes persisto en quedarme.

ELENA.

Quedaros!... Y me lo decis á mí, que vengo de vuestro cuarto?

LUISA.

No os comprendo.

ELENA.

Vuestra imprudencia iguala á vuestra desvergüenza: cómo antes de darme la llave de vuestra habitacion no habeis pensado en destruir, en quemar estas cartas, (Saca una.) que he encontrado en vuestro cofre?

LUISA. (Aparte.)

Dios mio!... la carta del cura Savinien!...

ELENA.

Ahora sé ya quien sois!

LUISA. (Aparte.)

Y Víctor está cerca!... puede oirla!... (Alto.) Por piedad, señora!...

ELENA.

Ah! os humillais por fin!... Mi sospecha os indignaba, y sois criminal, estais condenada!...

LUISA.

Más bajo, señora, más bajo!

ELENA.

Condenada á prision perpétua por ladrona!

ESCENA XII.

DICHAS.—VÍCTOR.—Y luego BERNARD.

VÍCTOR. (Saliendo y con fuerza.)

Mentis!

LUISA. (Aparte.)

Lo ha oido!

VÍCTOR.

La que teneis delante, condesa de Saint-André, quiero que sea respetada por vos.

ELENA.

Sabeis quien es esa muger?

VÍCTOR.

Sí: mi madre.

ELENA.

Su madre!... su madre!...

LUISA. (Aparte á Elena.)

Callareis, señora: no es verdad?

ELENA.

Ahora puedo llamar al general, y si me interroga, si me pregunta por qué os echo de mi casa, les diré que porque sois Luisa Duval.

VÍCTOR.

Luisa Duval mi madre!... Dios mio!... (Cae desmayado.)

LUISA. (Corriendo á Víctor y cayendo de rodillas junto á él.)
Señora, habeis matado á mi hijo!

ELENA.
Saldreis ahora de esta casa?

BERNARD. (Dejándose ver en la puerta del fondo y dirigiéndose á Elena.)
Vos vais á ser la que salga de ella!

(Cae el telon.)

ACTO QUINTO.

EL POMO DE ÓPIO.

Despacho del general, ricamente adornado de cuadros y esculturas. Puerta en el fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

LUISA.—BERNARD.

(Bernard está sentado, y Luisa de pie al lado suyo.)

BERNARD.

Infame! léjos de justificarse, acusa... amenaza... Y mi brazo no ha caido sobre ella para aniquilarla!.. Merezco mi vergüenza!.. soy un cobarde!

LUISA.

No digas eso, Bernard: yo, por el contrario, admiro y bendigo tu valor de padre.

BERNARD.

Ya lo has oido: impone condiciones.

LUISA.

No importa. Obtendrá cuanto exije: no es verdad?.. Si solo se tratase de mí, te diria: déjala perderme, y venga tu honor ultrajado; pero Víctor sabe que soy su madre, conoce mi desgracia, y esa fatal revelacion por poco le cuesta la vida. Si puedes imponer silencio á tu indignacion y humillarte ante la culpable,

Víctor no lo consentiria, se batirá otra vez; y si me entrega esa muger á los tribunales, te quedas tambien sin hijo.

BERNARD.

Horrible situacion!

LUISA.

Yo soy la causa de todo por no haber querido morir sin ver Víctor... por no haber comprendido que no habia lugar para mí entre el padre y el hijo. Mi falta ha sido grande; pero mi espiacion lo será tambien.

BERNARD.

Qué pretendes hacer?

LUISA.

Obtener para mi Víctor la piedad de la que nos separa. La Condesa de Saint-André no entregará á los jueces á Luisa Duval, cuando para hacerlo necesite abrir el ataud de María.

BERNARD.

Quieres morir!

LUISA.

Quiero que mi hijo no viva infamado.

ESCENA II.

DICHOS.—MARCIAL.

MARCIAL. (Saliendo por la derecha.)

Mi general!

BERNARD. (Aparte á Luisa.)

Silencio. (Alto á Marcial.) Qué hay?

MARCIAL.

Vengo del cuarto del señorito.

LUISA. (Vivamente.)

Como está?

MARCIAL.

Mejor. Desea veros, mi general.

LUISA.

Vas á ir? no es verdad?

BERNARD.

Sí, al instante.

MARCIAL.

Me parece que le seria más agradable la visita de los dos.

LUISA.

Es imposible.

MARCIAL.

Bah! por la otra?

LUISA (Aparte á Bernard.)

Mándale que respete á esa muger.

MARCIAL.

Acaso hay que guardar miramientos con una?..

BERNARD.

Calla, Marcial. Te prohibo que hables asi de la Condesa de Saint-André.

MARCIAL.

Cómo! despues de lo que os he dicho?..

BERNARD.

Nada me has dicho... nada sé..! nada quiero saber.

MARCIAL. (Admirado.)

Eso es diferente!

BERNARD. (A Luisa.)

Voy al cuarto de Víctor; pero has de jurarme que no realizarás u proyecto antes de volverme á ver.

(Bernard se va con Marcial por la derecha.)

ESCENA III.

LUISA, y despues EDGARDO.

LUISA.

Comprendo: confia en quebrantar mi resolucion; pero no ha conseguirlo. Para qué la vida, cuando con la muerte se ase-a la tranquilidad de los que amamos? Ahora, al menos puedo ir con el consuelo de que me llorará mi hijo.

EDGARDO. (Saliendo por el fondo y aparte.)

quí está. (Alto.) Qué sola os encuentro!

LUISA. (Con maneras agasajadoras,)

h! sois vos, señor doctor?.. Venis á ver á vuestro amigo Mon-sie Víctor?.. No creo que podrá recibiros en este momento.

EDGARDO.

A quien busco es á vos.

LUISA. (Turbada.)

A mí!

EDGARDO.

Sí, á vos, si las señas no mienten.

LUISA. (Más turbada.)

Qué quereis decir?

EDGARDO.

Se sabe que os llamais...

LUISA.

María.

EDGARDO.

No, sinó Luisa Duval.

LUISA. (Con desesperacion.)

No ha querido Dios librarme de este último golpe!

EDGARDO.

Tranquilizaos. Sin haber comprendido bien al que me envía, puedo afirmaros que si hay en lo más hondo de vuestro pecho un deseo, una esperanza, para que se realice vengo á deciros que os deis prisa á seguirme.

LUISA. (Con desconfianza.)

A seguiros?... Y á dónde, caballero?

EDGARDO.

Junto al lecho de un enfermo, que os conoce, que os llama, que quiere veros antes de comparecer ante la presencia de Dios. Ha renunciado á su deseo, de que lo trasporten aquí, porque no esperaba vivir lo suficiente para llegar hasta vos.

LUISA. (Conmovida.)

Un enfermo, que me llama!... Una sola palabra: sabeis si es sugeto me ha escrito alguna vez?

EDGARDO.

Le oido hablar de una carta, que os dirigió á Sielsberg.

LUISA. (Aparte.)

Oh hijo mio! hijo mio!... (Alto.) Entonces debe conocer presbítero Savinien.

EDGARDO.

Así se llama el sacerdote que le está auxiliando á bien morir

LUISA. (Tomando una mano de Edgardo.)

Vamos, vamos entonces corriendo, que ese hombre puede morir.

EDGARDO.

Un coche nos espera á la puerta.

(Vánse por el fondo precipitadamente.)

ESCENA IV.

MARCIAL.—Luego ELENA.

MARCIAL. (Saliendo por el foro con una carta en la mano.)

Cartita perfumada para la Condesa!.. Pues!... del barbilindo... De buena gana se la llevaria al general... pero con lo que me ha dicho... Respetaré la consigna: se la daré á ella.

ELENA. (Saliendo por la izquierda.)

En dónde está el Conde?

MARCIAL.

Con su hijo.

ELENA.

Y esa mujer, que me trajísteis vos?

MARCIAL.

María? Acaba de salir.

ELENA.

Será para no volver, porque he despedido á la tal Luisa Duval. Ya veis que sé su verdadero nombre.

MARCIAL.

Y la habeis despedido?

ELENA.

Me ha faltado al respeto. Lo mismo que he hecho con ella, haré con cuantos aquí piensen imitarla.

MARCIAL.

Eh?

ELENA.

No quiero en mi casa espías ni criados insolentes.

MARCIAL.

Decís eso por mí?... Pues no tendreis que repetírmelo... Tanto peor para el general... Espero solo á que se me ajuste la cuenta.

ELENA.

Se hará hoy mismo.

MARCIAL. (Aparte.)

Pero no me iré sin encajarle cuanto me rebosa en el cuerpo! Mil millones de cartuchos!

ELENA.

Qué carta es esa?

MARCIAL.

Para vos... tomadla... (Con intencion.) Es de él!

ELENA. (Tomando la carta.)

Salid!

MARCIAL.

Ya me voy. (Aparte.) Si fusilasen á todas las mujéres!... (Váse por el fondo.)

ESCENA V.

ELENA sola, recorriendo el papel con la vista.

Qué leo, Dios mio! no me engañan mis ojos?... es posible que él haya escrito esto?... (Lee.) «Queda con Dios; parto, y nunca me volverás á ver. Culpable con un ilustre anciano, culpable y arrepentido, despues de desarmar á su noble hijo, el más leal de todos los adversarios, he debido prometerle el sacrificio de un amor, que error en un principio, seria hoy crímen. Olvídame: este será mi castigo, y este es tu deber.» (Arrojando el papel.) Mi deber!... de mi deber me habla!... qué sarcasmo!... Oh! no me ama ya, y me desprecia!... Despreciarme él!... Desgraciada!... más me valdria morir! (Cae en una silla con desesperacion, cubriéndose el rostro con las manos.)

ESCENA VI.

ELENA.—BERNARD.

BERNARD. (Aparte, saliendo por la derecha.)

Victor está decidido á partir, y queria escribir al instante, á fin de romper su proyectado casamiento; pero he conseguido que me prometa esperar hasta mañana. (Vá á sentarse junto á la mesa.)

ELENA. (Consigo misma.)

Todo se lo he sacrificado á ese hombre: la tranquilidad de mi vida, la estimacion de mí misma, el honor de mi marido... Y sin embargo, me abandona!...

BERNARD.

Estás ahí, Luisa?...

ELENA. (Aparte.)

El general!

BERNARD.

Dónde habrá ido?... No creo que haya sido á cumplir su propósito de poner fin á su existencia, porque me juró esperar á mi vuelta.

ELENA. (Aparte.)

Qué oigo!

BERNARD.

Pero no ella, yo soy el que debe morir: mi muerte es precisa.

ELENA. (Aparte.)

Dios mio!

BERNARD.

Despues de Luisa, única muger á quien he amado con verdadero amor, hay una jóven, á la que me enorgullecia de rodear con mi respeto, como con una santa aureola: á quien yo, pobre ciego, que para cada paso necesito guía, la llamaba, reconocido, mi estrella y mi luz... y esa muger ha olvidado indignamente su deber de esposa!... Cómo no se ha dicho á sí misma al irme á hacer traicion: no es posible engañar á ese hombre; seria demasiado infame, porque es demasiado fácil el conseguirlo?

ELENA. (Aparte.)

Es verdad, Dios mio!... he sido muy vil!

BERNARD.

Y sin embargo, no puedo separarme de Elena con escándalo, porque delataria á Luisa, á quien le es imposible probar su inocencia.

ELENA. (Aparte.)

Conque es inocente?...

BERNARD.

Pero la que lleva mi nombre pagará sin duda con su silencio la libertad que voy á devolverle... Sí: muriendo yo, se salvará

Luisa, y mi hijo no se quedará sin madre, que le es más necesaria que un padre como yo. (Sacando un pomo de ópio del bolsillo y poniéndolo en la mesa.) Al ópio le he debido muchas veces la tranquilidad y el sueño: hoy le deberé el reposo eterno.

ELENA. (Aparte.)

Debo oponerme... (Da un paso hácia la mesa; pero Bernard pone la mano en el pomo, y ella retrocede.)

BERNARD.

Fijado ya mi destino, me resta cumplir con un deber.

ELENA. (Aparte.)

Qué quiere decir?

BERNARD.

En otro tiempo acostumbraba el dia antes de una batalla á alargar la mano á los que me habian ofendido, á fin de morir, si tal era mi suerte, con el corazon libre de rencor, y hoy quiero tomar ejemplo de entonces. Elena de Beauferrand, no puedes oirme; pero Dios me oye y sabe que te perdono. (Elena se acerca á Bernard y cae de rodillas á sus pies, cubriendo sus manos de besos y lágrimas.) Quién es?... (Tocándola.) Una muger... Ya has vuelto, Luisa?... Qué me pides de rodillas y llorando?... Ah! lo adivino: persistes en tu propósito de darte muerte, quisieras abrazar por última vez á tu hijo, y no te atreves á decírmelo... Bien: obedece á tu corazon. Vé, hija mia, vé. (Abraza á Elena, que le besa repetidas veces las manos, y en seguida se levanta, toma el pomo y se va por la izquierda precipitadamente.)

ESCENA VII.

BERNARD, solo.

Pobre madre!... Dios quiera darle la dicha, como tambien á mi hijo! Pero aprovechemos el tiempo de su ausencia. (Quiere tomar el pomo.) Y el ópio? Estaba aquí... (Le busca con ánsia.) Estoy seguro de haberlo dejado en la mesa... y no está!... no! no está!... Ah! ya adivino: ha sospechado mi intencion, y me ha arrebatado el pomo, para librarme de la muerte y dársela ella... Cómo impedirlo? cómo saber á dónde habrá ido?... (Llamando con desesperacion.) Luisa! Luisa!

ESCENA VIII.

BERNARD.—LUISA.—MARCIAL.

LUISA. (Saliendo apresuradamente por el fondo, seguida de Marcial.)

Aquí me tienes.

BERNARD. (Llevándose la mano al corazon y como desahogándolo.)

Ah!

LUISA.

Marcial, id á buscar á mi hijo.

MARCIAL.

A paso de ataque. (Váse corriendo por la derecha.)

LUISA. (Con alegría y orgullo.)

Lo has oido, Bernard? He dicho mi hijo en alta voz, porque en alta voz puede llamarme su madre.

BERNARD.

Pero no vienes de verle? no estabas con él?

LUISA.

No: vengo de la casa del baron de Tourville.

BERNARD.

No puede ser.

LUISA.

Sí... conducida á ella por Mr. Edgardo de Bussieres, que de su parte vino á buscarme, diciéndome que estaba espirando, fuí introducida en su alcoba. La pieza estaba llena de gente, entre la que habia un sacerdote y un juez. El baron, cuyas fuerzas se habian agotado esperándome, descansaba en su lecho, pálido, inmóvil, sin mirada... hasta su aliento parecia haberse extinguido, y cuando me presenté, todos los ojos se fijaron en mí con tristeza; un murmullo de sentimiento me acogió, y de boca en boca oia repetir: «es tarde! llega tarde!...» Imposible! exclamé yo, que presentia mi justificacion; y abriéndome paso hasta la cama, dije, confiada en la Providencia divina: «Dios no puede haberme dado la esperanza que he concebido, á no irse á realizar, y si es preciso, para ello hará un milagro.» El milagro se obró, con efecto: la muerte retrocedió al ruido de mi voz; los ojos, que ya no veian, se abrieron de nuevo; el corazon, que habia cesado de latir, se reanimó; y el criminal, cuyo delito he espiado yo du-

rante veinte años, ha podido descargar su conciencia en la presencia de los hombres, antes de que su alma arrepentida vuele á la presencia del Eterno.

BERNARD.

Justificada!... justificada la inocencia de Luisa!... Gracias, Dios mio, gracias!

ESCENA ULTIMA.

BERNARD.—LUISA.—VÍCTOR.—MARCIAL, y despues ELENA.

VÍCTOR. (Saliendo.)

Madre mia!

MARCIAL.

Ya podemos salir de aqui con la cabeza erguida y haciendo que alguien baje la suya.

BERNARD.

Pero hace poco le he hablado á una muger, que lloraba á mis pies; y si no eres tú, Luisa, quién era?

ELENA. (Presentándose pálida y vacilante.)

Yo!

BERNARD.

Tú!

LUISA.

Qué palidez!

VÍCTOR.

Apenas puede sostenerse.

ELENA. (Pudiendo apenas hablar.)

Bernard, Luisa... estais vengados... y... podeis ser felices... porque mi propia mano... me ha impuesto... el castigo que merezco.

TODOS.

Dios mio!

ELENA.

Silencio... y perdon!

LUISA.

Socorrámosla!

ELENA.

Es inútil... me muero. (Espira.)

VÍCTOR.

Infeliz!

BERNARD.

Silencio!

LUISA.

Y perdon!

FIN DEL DRAMA.

FE DE ERRATAS.

PAGINAS.	LINEAS	DICE	DEBE DECIR.
20	27	la	las
25	17	vuesto	vuestro
51	18	han	ha
55	20	tu	su
68	31 y 32	caballero la misma	caballero de la misma
75	12	ropa voto,	ropa, voto
77	11	la hubiera	lo hubiera
79	29	enviábais á Maria!	enviabas á Maria?
81	5	guia	guias
82	38	LUCIA.	LUISA.
86	20	cañonazo.	arañazo.
88	29 y 30	padrico	padrino
91	7	mas ruego	mas te ruego
92	2	las vísperas	la víspera
Id.	4	cmandante	comandante
94	20	estados	estado
95	1	síncora	sincera
101	21	arrastraré	arrostraré
102	23	que autorizará	que se autorizará
105	33	estas cartas	esta carta
107	32	les diré	le diré
110	1	consentiria	consentirá
111	22 y sig	volverme á ver. (Bernard se vá, etc.)	volverme á ver. LUISA. Te lo juro. (Bernard se va, etc.)
112	33	Le oido.	Le he oido.

ADVERTENCIAS.

Esta comedia fué propiedad del *nuevo* Editor *del te* *moderno español y moderno estrangero*, **don Igna** **Boix**, quien la vendió por medio de escritura pública a *la Biblioteca dramática*, **don Vicente de Lala** actual encargado de cobrar los derechos de representa tanto en provincias como en Ultramar, con arreglo *á la* *de* 10 *de junio de* 1847 *sobre propiedad literaria*, y al *creto orgánico sobre Teatros*. Hacemos esta aclaracion, que aun cuando se vean circular varias ediciones de un mi titulo, se tenga entendido, que son propiedad del *Edito* *la Biblioteca*, y no se confundan con algunas otras que sultan iguales en *la Galeria dramática de los señores* *gado Hermanos*, pues de estos casos escepcionales, ya nen conocimiento los señores comisionados en provincia

Los precios, tanto en Madrid como en el resto de la nínsula, son á **cuatro reales** las de un acto; **ci reales** las de dos actos, y **seis reales** las de tres ó actos, tanto originales como traducciones.

Los que deseen adquirirlas, se dirijirán á los Comisi dos en Provincia, ó por medio de carta franca, *al Edito* *la Biblioteca dramática*, *Madrid*, incluyendo su import una libranza sobre correos, ó bien todo su valor, y un mas, en sellos de franqueo.

Se venden *en Madrid*, librería *de Perez*, *calle de* *Carretas*.